

50
cts.

LADISLAO FODOR
¡ATREVETE, ²⁰SUSANA!

Comedia en tres actos. Traducida del húngaro por
TOMAS BORRAS y ANDRES REVESZ

**EL
BARCO
EMBRUJADO**

de
Alberto Insúa



Novela fantástica, en la que el popular novelista lleva a sus numerosos lectores, en un viaje maravilloso, al país donde la vergüenza no existe.



Cinco pesetas



En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

**UNA
MORENA
Y
UNA
RUBIA**

de
Francisco Camba



Novela realista, de ambiente madrileño y de pasiones exaltadas, en la que destacan, sobre un fondo castizo, dos interesantes figuras de mujer.



Cinco pesetas



En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

¡ATREVETE, SUSANA!



LADISLAO FODOR

ATRÉVETE, SUSANA!

COMEDIA EN TRES ACTOS

TRADUCIDA DEL HÚNGARO POR
TOMÁS BORRÁS Y ANDRÉS RÉVÈSZ.

Se estrenó en el teatro del Príncipe, de San Sebastián,
el 30 de agosto de 1929, y en Madrid, en el teatro
de la Reina Victoria, el 2 de octubre de 1929.

DIBUJOS DE ALONSO



LA FARSA

Nº III | 19 DE OCTUBRE DE 1929 | NUM. 116
MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Susana</i>	Pepita Díaz de Artigas.
<i>Oly</i>	Rosita Díaz Gimeno.
<i>El baron Tomás Ulrico</i>	Santiago Artigas.
<i>El conde Federico Sternheim</i> .	Fulgencio Nogueras.
<i>Julio</i>	Enrique Quijano.
<i>Schüntzl</i>	Rafael Ragel.
<i>Félix</i>	Francisco García Alagón.
<i>Juan</i>	Jaime Rosa.

La acción en Budapest y en París.
Epoca actual.



ACTO PRIMERO

El despacho del Barón Tomás Ulrico, director del Banco Universal, en el edificio de la casa central, en Budapest. Lujosos muebles. Mesa cargada de aparatos telefónicos. Otra mesa, junto a ella, con una máquina de escribir. Al foro puerta que comunica con una antecámara. A la izquierda, la que da paso a las oficinas. A la derecha, otra que se abre a un gabinete. Es por la mañana. Al alzarse el telón la escena está desierta. De pronto suenan varios timbres, la puerta del foro se abre y, precipitadamente, entran varios ordenanzas que arreglan, con prisa, el poco desorden que pudiera observarse en los muebles y en los objetos de escritorio. Después de los ordenanzas entra JUAN, portando una cartera voluminosa que deposita sobre la mesa. Seguido de los ordenanzas va hacia la puerta del foro y todos forman en fila a ambos lados y se inclinan profundamente. Entra con celeridad el BARÓN TOMÁS ULRICO en traje de viaje. Es un hombre en la plenitud de la edad. Exacto, rápido, enérgico, decidido; armoniza esas cualidades de hombre de negocios con una amabilidad simpática, aun en los momentos en que aparece severo, y con una posa atrayente de hombre de mundo.

JUAN.—Servidor, señor director.

BARÓN.—Buenos días. *(Los ordenanzas le ayudan a despojarse del gabán. Se sienta a la mesa. Imperativo.)* Llamen al subdirector, señor Félix. *(Salen los ordenanzas.)*

JUAN.—A sus órdenes, señor director. *(Va a escape a las oficinas.)*

BARÓN.—*(Toca un timbre y habla por uno de los teléfonos.)*

612187

¡Oiga!... Aquí, el barón Tomás Ulrico... Sí... He llegado... En este mismo momento. Avisen a mi hijo. En seguida. Gracias (Cuelga el auricular. Entra OLY por la puerta de las oficinas. Es una muchacha bonita y coqueta, mecanógrafa y candidata a "mujer fatal".)

OLY.—(Jubilosa.) ¡Pero si es de veras! ¡Si está aquí el señor barón!

BARÓN.—(Seco.) Buenos días, señorita.

OLY.—¿Ya regresó el señor barón de América?

BARÓN.—¿No lo ve usted? (Sin transición.) Escriba, señorita (Dicta. Oly escribe taquigráficamente en un bloque de cuartillas.) "Colonial. Nueva York. Llegado Stop. Sesión Junta gobierno martes, cablegrafiaré resultado Stop." En inglés. Ur gente.

OLY.—Está bien, señor director.

BARÓN.—(Olfateando.) ¿A qué huele aquí, señorita?

OLY.—(Encantada de que el barón haya reparado en ello.) Es mi perfume: Guerlaine...

BARÓN.—(Seco.) No use perfumes en el Banco, señorita.

OLY.—Perdone, señor director. Yo...

BARÓN.—Escriba, señorita... "Oil Company, Londres. Llegado Stop. Decisión martes." (Coge un estuchito que Oly ha dejado en la mesa al ponerse a escribir.) ¿Qué es esto?

OLY.—(Arrebatándose.) Mi barrita de los labios.

BARÓN.—Una mesa de despacho no es sitio apropiado para esas cosas, señorita.

OLY.—Es que...

BARÓN.—(Interrumpiéndola.) No tengo tiempo que perder (Habla por otro teléfono.) Oiga. Berlín, Falksburg, 135-18. Ur gente. (Cuelga el auricular. Viene de las oficinas el subdirector, FÉLIX. Tipo de burócrata. Está muy alegre.)

FÉLIX.—¡Barón! ¡Barón! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo has llegado de improviso? Permíteme que te salude...

BARÓN.—Con brevedad. Buenos días.

FÉLIX.—(Asombrado.) ¡Es increíble!

BARÓN.—¿Qué?

FÉLIX.—Llegas de América como si volvieras de darte un paseo.

BARÓN.—¡Naturalmente!

FÉLIX.—¿Qué tal el viaje?

BARÓN.—Excelente.

FÉLIX.—¿Y el mar?

BARÓN.—Tranquilo como un lago de petróleo. ¿Y aquí, cómo está el petróleo?

FÉLIX.—Tempestuoso como el mar. Anarquía completa en

la Bolsa. La especulación ignora si has conseguido realizar el negocio de América.

BARÓN.—¿A qué cambio están?

FÉLIX.—A 945.

BARÓN.—Ese ya me lo comunicaron en la estación. Digo de ahora mismo.

FÉLIX.—Todavía no hay noticias.

BARÓN.—Señorita, con la Bolsa.

OLY.—En seguida. (*Habla por un teléfono.*) ¡Oiga!... Bolsa... Línea directa?... ¿Es Messinger?... ¿A cómo están los petróleos? ¿A 954? Gracias. (*Cuelga el auricular.*)

FÉLIX.—(*Entusiasmado.*) ¡A 954!

BARÓN.—Nueve enteros... ¡Bravo!

FÉLIX.—Entonces... ¿debo comprar?

BARÓN.—Comprar en todos los países, en todas las cantidades, en todas las Bolsas; comprar siempre.

FÉLIX.—Lo que me maravilla de ti es la rapidez. No acabas de llegar cuando ya nos haces ganar una fortuna.

BARÓN.—Es mi estilo.

FÉLIX.—Permíteme que te pida instrucciones. Ya sabes que doce jefes de Sección han de presentarte sus informes acerca de la marcha de sus Negociados.

BARÓN.—He llegado demasiado de improviso; temo que no engan nada a punto. Y quisiera daros ocasión a todos para mostrarme satisfecho de vuestro trabajo.

FÉLIX.—Querido director, eres el colmo de la finura.

BARÓN.—Sí, amigo mío. Los financieros cada día nos refiamos más. Dentro de poco seremos tan bien educados que pareceremos gente pobre. (*Sucna el teléfono. Coge un auricular.*) ¡Diga! ¿Es Berlín? Aquí, el Banco Universal de Budapest. Tomás Ulrico. ¿Eres tú? ¿A cómo se cotizan los petróleos? ¿A 819? Compra. En seguida. En cualquier cantidad. Gracias. Adiós. (*Cuelga el auricular. Sigue hablando rápidamente.*) Los jefes pueden venir a verme a la una. (*A Oly.*) Voy a dictar, señorita.

FÉLIX.—¡Por Dios! ¡Eres vertiginoso!

BARÓN.—Que venga Schüntzl en seguida.

FÉLIX.—Al momento. (*Sale hacia las oficinas.*)

BARÓN.—Escriba, señorita. (*Dicta.*) "Señor Director de la Compañía de Importación del Petróleo, Sociedad anónima. Budapest. Tengo el honor de comunicar oficialmente a esa estimada Dirección que..."

OLY.—(*Que escribe taquígráficamente.*) ...a esa estimada Dirección que...

BARÓN.—...que las negociaciones que inicié respecto a ampliación...

OLY.—...ampliación...

BARÓN.—¿Por qué me interrumpe constantemente, señorita?

OLY.—Perdone... Es que dicta demasiado de prisa.

BARÓN.—¿No es usted taquígrafa? (*Continúa en el mismo tono.*) ...respecto a la ampliación del negocio del Trust de Petróleo del Centro de Europa... (*Siempre en el mismo tono como si dictara.*) Señorita, ¿por qué lleva usted un traje tan descotado?

OLY.—Dicen que tengo los hombros muy bonitos.

BARÓN.—(*Como si dictara.*) Señorita, los hombros bonitos no es propio que se luzcan en el Banco.

OLY.—Señor director, me está usted regañando por tercera vez esta mañana.

BARÓN.—(*Sin transición, dicta.*) ...han llegado a un punto en que, después de llenar las formalidades prescritas por las leyes para las Sociedades anónimas... (*Como antes.*) Señorita, ¿y esos ricitos de la nuca?

OLY.—(*Satisfecha.*) ¡Ah! ¿Se ha fijado usted en mis ricitos?

BARÓN.—La ruego que no se peine así para estar en el Banco.

OLY.—(*Enfadada.*) Señor director, si tiene alguna queja de mí haga el favor de decírmela de una vez.

BARÓN.—La tengo: que es usted demasiado guapa.

OLY.—Supongo que tendré derecho a serlo.

BARÓN.—Desde luego. Pero es usted tan bonita que altera el principio del trabajo, principio que yo considero sacrosanto. Es usted agradable, encantadora, sugestiva. No puedo permitir esos insultos de una empleada.

OLY.—Yo no tengo la culpa.

BARÓN.—Cuando trabajamos juntos, cada minuto tengo que dedicar un segundo a sus encantos. (*Calculando rapidísimamente.*) En ocho horas de trabajo son ocho minutos. En un mes, cuatro horas; en un año, cuarenta y ocho horas. ¿Señorita, usted roba a mi trabajo dos días al año!

OLY.—No es mucho. Hay mujeres que les roban a los hombres más de dos años en un solo día.

BARÓN.—Pero no a mí. Yo a las mujeres les doy cualquier cosa...; todo, menos tiempo. Además, usted aquí no es una mujer.

OLY.—¿Pues que soy?

BARÓN.—Una prolongación de la máquina de escribir. No se le olvide.

(*Entra SCHÜNTZL, tipo de burro de carga: el que lo hace todo en las oficinas.*)

SCHÜNTZL.—Servidor de usted, señor barón. Permitame que...

BARÓN.—(*Seco, sin saludar.*) Schüntzl, hoy no va usted a comer a su casa.

SCHÜNTZL.—Muy bien, señor barón. No voy a comer a mi casa.

BARÓN.—Ni a cenar.

SCHÜNTZL.—Muy bien, señor barón. Ni a cenar.

BARÓN.—Ni a dormir.

SCHÜNTZL.—Muy bien, señor barón. Ni a dormir.

BARÓN.—(*Entregándole un montón de papeles.*) Aquí tiene usted todo lo referente al contrato de los petróleos. El informe completo tiene que estar mañana por la tarde. Trabajaremos juntos hasta el amanecer. Telefonee a su casa para que le envíen sus cosas.

SCHÜNTZL.—No hace falta. Soy previsor, señor barón. Traigo siempre al Banco la camisa de dormir y el cepillo de dientes.

BARÓN.—Muy bien. Es usted el único empleado trabajador que tengo. Lástima que use puños de celuloide. Me ponen nervioso.

SCHÜNTZL.—Lo siento, señor barón. Pero los puños de celuloide son mi memoria. El señor barón pronuncia una palabra y ya está anotada.

BARÓN.—A trabajar. Entre en ese gabinete (*El de la derecha.*) y examine rápidamente los documentos. Luego iré yo.

SCHÜNTZL.—Necesitará venir una mecanógrafa esta noche...

BARÓN.—¿Una mecanógrafa? (*Oly, nerviosa, hace un movimiento y mira al barón.*) No... De ningún modo...

SCHÜNTZL.—A sus órdenes... (*Entra en el gabinete de la derecha.*)

BARÓN.—Sigamos, señorita.

OLY.—Señor director, si me necesita esta noche vendré con mucho gusto.

BARÓN.—¿Con mucho gusto?... Es interesante. (*La mira detenidamente.*) Usted es la señorita Oly Szucs, ¿verdad?

OLY.—En efecto. Es usted muy amable acordándose de mi nombre.

BARÓN.—¿Qué edad tiene usted?

OLY.—(*Encantada.*) Veintiún años.

BARÓN.—¿Se va a casar?

OLY.—No.

BARÓN.—¿Tiene novio?

OLY.—Perdone; pero... (*Molesta.*)

BARÓN.—(*Reflexionando.*) Veintiún años, sin novio, perfume Guerlaine, traje crepé satín, medias y zapatos impecables, peinada por un peluquero caro... ¿Qué sueldo tiene usted, señorita?

OLY.—Doscientas coronas almes.

BARÓN.—¿Y todo sale de las doscientas coronas?

OLY.—Señor director...

BARÓN.—Tiene usted novio, naturalmente.

OLY.—Ya le he dicho que no.

BARÓN.—Entonces, ¿hace usted estafas?

OLY.—(Asustada.) ¿Yo?

BARÓN.—¿Cómo se las arregla, si no?

OLY.—(Bajando los ojos.) Confieso el novio.

BARÓN.—Gracias.

OLY.—¿Por qué me ha preguntado esas cosas, señor director?

BARÓN.—Para convencerme de que usted, como mujer, es estupenda; pero muy mala como empleada.

OLY.—(Coquetando.) ¿Y eso es un defecto?

BARÓN.—(Rechazando el coqueteo.) Desgraciadamente, conmigo, la mujer estupenda empieza a las cinco de la tarde.

OLY.—¿Y cuándo acaba?

BARÓN.—A las cinco y cuarto. Sírvase presentarse al jefe del personal, señorita.

OLY.—(Asustada.) ¿Qué significa esa orden?

BARÓN.—Que es usted víctima del magnífico método de trabajo que acabo de ver al otro lado del Océano. Para la enorme labor que me espera, desgraciadamente no puedo contar con usted.

OLY.—¡Pero, señor director!... ¡Eso es una injusticia!...

BARÓN.—Al contrario. Soy justísimo. Una muchacha que gana doscientas coronas y viste espléndidamente, no necesita las doscientas coronas.

OLY.—(Casi llorando.) Señor director... Le ruego...

JUAN.—(Entra, anunciando.) El señor conde Federico Sternheim.

BARÓN.—Adelante. (A Oly.) Haga el favor de dejarnos solos.

OLY.—(Rabiosa.) Usted tendrá la culpa de lo que ocurra. Echa usted a una mujer bonita y la entrega a los peligros de la miseria. Eso es una ligereza, señor director. (Sale hacia las oficinas. Entra el CONDE por el foro. Aristócrata elegante, ligero y cínico. Muy bien conservado, parece que tiene cincuenta y cinco años, pero tiene diez más.)

CONDE.—(Alegre.) ¡Tomás! ¿De veras eres tú?

BARÓN.—Yo en persona.

CONDE.—¿Puedo darte un abrazo?

BARÓN.—Los que quieras. ¿Qué tal te va viejo amigo?

CONDE.—Divinamente. Siempre divinamente. Hace treinta años decidí encontrarme bien a toda costa, y desde entonces, pase lo que pase, me siento muy bien.

BARÓN.—¡Eres el hombre feliz!

CONDE.—Has llegado con una oportunidad... Figúrate que esta mañana tenía una cita...

BARÓN.—Bravo... ¿Con quién?

CONDE.—Con el sol. Estos días estoy firteando con el hermoso sol de la mañana. Su luz es una amante magnífica: blanca, fina, bondadosa... y, lo que es mejor aún, honrada. No culta que también acaricia a otros.

BARÓN.—Eres el loco de siempre.

CONDE.—Soy de los consejeros más aplicados: hoy pasé, como todos los días, por delante del Banco y vi tu auto gris. Comprendí que habías llegado, subí y aquí me tienes... ¿Qué tal a resultado el asunto? ¿Traes dinero?

BARÓN.—Dinero y negocio. Le empecé en Nueva York, le continué en Londres y dentro de tres semanas le terminaré en París.

CONDE.—Eres magnífico... El de siempre. Cuando te veo me acuerdo de la época en que yo era como tú, un hombre formal.

BARÓN.—¿Lo has sido alguna vez? No lo creo.

CONDE.—Pues sí. En una ocasión aspiré a ser presidente del Consejo... En otra quise construir puentes, fundar Universidades... Después una finca que tenía iba a transformarla en sanatorio gratuito con 120 camas.

BARÓN.—¿Por qué no lo hiciste?

CONDE.—Porque me encontré con una mujer que me hizo olvidar todo y comprendí que no valía la pena molestarse. Ahora, a los sesenta años, tengo sólo un programa: pasar lo mejor posible los cuarenta o cincuenta que me quedan de vida.

BARÓN.—Quizás tengas razón; pero yo todavía tengo amor al trabajo. Trabajar, trabajar y trabajar; si es necesario, hasta la fuerza.

CONDE.—¿A la fuerza?

BARÓN.—Sí. Tú no sabes lo que es este Banco; lo que son todos. A la gente le gusta el dinero, pero no el trabajo. Los principales accionistas son genios financieros en la Bolsa; pero ganan dinero en vez de crearlo. Del bolsillo de los demás se trasladan al suyo. Con ellos el dinero cambia de sitio, pero no nace. ¿Comprendes?

CONDE.—Relativamente.

BARÓN.—Hay que amar el trabajo como yo le amo. Todos, desde el portero hasta los directores, desde la mecanógrafa hasta el apoderado, tienen que centuplicar el esfuerzo. Y si alguno se resiste, le sustituiré.

CONDE.—(Entusiasmado.) Dispón de mí. Aquí me tienes.

BARÓN.—(Riendo.) ¿Tú?

CONDE.—Has despertado en mí el deseo de producir. ¿No soy

consejero? Si me lo permites vendré todos los días, a las doce a firmar algo.

BARÓN.—¡Hombre! Tengo una idea excelente, si es verdad que quieres a toda costa trabajar. Dentro de tres semanas vamos a formalizar definitivamente el contrato del petróleo. Vendrás conmigo a París.

CONDE.—¡Magnífico!

BARÓN.—Lo firmarás en nombre del Consejo. Tu nombre suena muy bien.

CONDE.—¡Colosal! ¡París! ¡París!... ¡Tienes razón, amigo mío. ¡No hay nada tan hermoso como trabajar!

BARÓN.—(*Ríe. Toca un timbre.*) Ahora, perdóname. Ven e buscarme hacia la una. Si quieres, almorzaremos juntos.

CONDE.—Muy bien, muy bien. ¿No seremos más que dos?

BARÓN.—Tres.

CONDE.—¿Quién es la tercera personilla?

BARÓN.—Mi hijo.

CONDE.—(*Desencantado.*) Es increíble. Eres demasiado formal. Hasta luego. (*Sale por el foro.*)

OLY.—(*Con los ojos llorosos.*) ¿Ha llamado el señor director?

BARÓN.—Sí. ¿Vió al jefe de personal? ¿Ha obedecido mis órdenes?

OLY.—Señor director... Esas órdenes me resisto a cumplir.

BARÓN.—Lo siento, pero no las puedo cambiar.

OLY.—Marcharme precisamente ahora, al término de mi carrera, cuando con tanto éxito había subido hacia abajo...

BARÓN.—¿Cómo hacia abajo?

OLY.—Sí. Empecé en el sexto piso, en el Negociado de cálculos. Desde allí conseguí bajar al quinto piso, a las estadísticas. Del quinto al cuarto, Sección jurídica. Pero todavía no era bastante bajo para mí...

BARÓN.—Tiene gracia.

OLY.—A fuerza de trabajar, descendí al tercer piso... Un salto más y me instalé en el segundo, y, al fin..., ¡hace seis meses!... Sí, señor; hace seis meses llegué al entresuelo, al piso más alto del Banco, a la Dirección, cerca de usted... ¡Qué alegría!

BARÓN.—Esa alegría me honra mucho.

OLY.—¡Fué tan bonito!... (*Sentimental.*) Usted me dictaba...

BARÓN.—(*También sentimental.*) Y usted ponía las faltas de ortografía.

OLY.—A su lado es imposible escribir sin una falta.

BARÓN.—¿Por qué no?

OLY.—¡Porque su pelo blanquea de una manera tan elegante!

...!... Y además, es usted viudo, espiritual, distinguido, una gran personalidad...

BARÓN.—¡Basta, señorita, basta!

OLY.—Mientras se piensa en todo eso se pone una hache e más.

BARÓN.—O de menos.

OLY.—Sí, depende de la disposición momentánea del alma.

BARÓN.—Eso es lo que la reprocho. Yo no quiero señoritas que tengan en el Banco disposiciones momentáneas del alma, sino personal que trabaje con celo.

OLY.—(*Suspira y mira al barón con ojos enamorados.*) ¡Ay!

BARÓN.—Dos cosas me molestan: hablar de amor cuando se atiende a los negocios y hablar de negocios en las horas de amor. No puedo abandonar ese principio ni por usted ni por nadie.

OLY.—En una palabra: que puedo marcharme.

BARÓN.—(*Enérgico.*) ¡Puede marcharse!

OLY.—¡Está bien!

BARÓN.—(*De repente, muy amable.*) Y ahora haga el favor de sentarse.

OLY.—¿Cómo?

BARÓN.—(*Ofreciéndola.*) ¿Un cigarrillo?

OLY.—¿Cigarrillo?

BARÓN.—¿Una copita de licor?... ¿Un pastelito?

OLY.—¿Qué significa esto?

BARÓN.—Que usted ya no está empleada en el Banco. De modo que puedo tratarla como se trata a las muchachas bohemias.

OLY.—Me parece que empiezo a comprender.

BARÓN.—Oly, es usted preciosa; es usted adorable. Sin embargo, para que nos entendiésemos había un inconveniente grave: usted es una mujer de noche a la que me encontraba siempre de día.

OLY.—Como el Banco no está abierto más que de día...

BARÓN.—En lo sucesivo nos encontraremos de noche.

OLY.—(*Feliz.*) ¿Cuándo?

BARÓN.—Cuando sea oportuno. Ahora no tengo tiempo para emplearlo en este asunto. Ya la avisaré. Entretanto puede cobrar en la Caja seis meses de sueldo. Querida Oly, no olvide que ha habido algunos momentos que me ha gustado usted. Una vez me gustó usted tres segundos seguidos. Recuérdemelo en una ocasión propicia. Hasta la vista.

OLY.—(*Encantada.*) Me han despedido muchas veces, pero nunca como ahora. Señor director, que la echen a una de su

Banco es un verdadero placer. (*Sale por la puerta de las oficinas. El barón la sigue con la mirada, sonriendo.*)

JUAN.—(*Anunciando desde la puerta del foro.*) El señorito. (*Aparece JULIO, muchacho alegre y simpático.*)

BARÓN.—¡Hijo querido!

JULIO.—¡Querido papá! (*Se abrazan.*)

BARÓN.—(*Con ternura.*) ¡Julio, Julio! Te veo y me parece mentira...

JULIO.—¿Qué, papá?

BARÓN.—Tener un hijo tan grandullón. Siempre me sorprende verte.

JULIO.—¡Claro! ¡Como estás tan joven! Vuelves hecho un chico. Supongo que no te habrás casado en los Estados Unidos.

BARÓN.—¡Dios me libre!

JULIO.—Eres un hombre extraordinario; eres un genio. Dame otro abrazo, papá. (*Se abrazan y besan.*)

BARÓN.—¡Julio, Julio! Somos hombres y nos besamos como mujeres.

JULIO.—Como no vive la pobre mamá, los besos de ella te los doy a ti.

BARÓN.—Eres muy cariñoso.

JULIO.—Esa es mi única cualidad buena. No he heredado otra de ti. Soy el hijo insignificante del gran personaje.

BARÓN.—No seas demasiado modesto.

JULIO.—Dicen que a padres geniales, hijos mediocres. Conmigo has demostrado que eres un hombre genial; pero yo me considero feliz al poderte prestar ese servicio.

BARÓN.—¡Qué tontería!

JULIO.—Como tu padre fué un fabricante, un metalúrgico, y tú pudiste ser lo que se te antojó. Pero yo no podré ser más que una cosa: el hijo del barón Tomás Ulrico. A todos los hijos de personas célebres les sucede eso: no pueden ser ellos mismos, no pueden pasar nunca de hijos. (*Suspira.*)

BARÓN.—Lo tomas muy en sentimental

JULIO.—No es extraño. ¡Si supieras lo que me sucedió anoche! Cené con una muchacha encantadora...

BARÓN.—¡Bravo, pequeño!

JULIO.—Era una chiquilla... ¡hasta allí! A los postres quise darla un beso, el primero, por sorpresa. Cuando me inclinaba sobre su rostro exclamó de repente: "Y dígame, ¿es verdad que su padre es tan espléndido como dicen?"

BARÓN.—Se conoce que era una muchacha inteligente.

JULIO.—Y no ha sido un caso aislado. En todos los momentos las mujeres a quienes hago la corte no me hablan más que de ti.

BARÓN.—Es que son vanidosas. Se enorgullecen de pertenecer, en cierto modo, a la familia. Y ahora, adiós.

JULIO.—¿Me echas?

BARÓN.—Tengo muchísimo trabajo. Ven a buscarme hacia la na. El conde vendrá también. Almorzaremos juntos.

JULIO.—Gracias, papá.

BARÓN.—¡Ah! Dentro de tres semanas vendrás con nosotros París. ¿Te gusta?

JULIO.—(Feliz.) ¡Te lo agradezco en el alma! ¡Te quiero mucho, papá! (Abrazos.) Hasta dentro de un ratito. (Sale por el pro.)

BARÓN.—¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(Con un lápiz en la oreja y cargado de papeles.) ¡Ande, señor director.

BARÓN.—(Amable, en tono de confianza.) Usted que es viejo a el Banco, ¿conoció a mi padre?

SCHÜNTZL.—¡Ya lo creo! Llevaba patillas, fumaba puros de Virginia y usaba a diario chistera.

BARÓN.—A mí me conoce usted, claro.

SCHÜNTZL.—¡Ya lo creo! El señor barón va completamente ceitado, fuma habanos y sólo lleva chistera cuando hay junta general de accionistas.

BARÓN.—Bien. ¿Y qué opina usted de mi hijo? ¿Llegará a ser lo que se llama un hombre?

SCHÜNTZL.—¿Compone versos?

BARÓN.—Que yo sepa, no.

SCHÜNTZL.—Entonces no hace nada irremediable. En las familias la desgracia comienza cuando los nietos de los barones escriben poesías.

BARÓN.—Gracias. (En el tono autoritario y oficial.) Haga el favor de prepararme un estado del importe de los intereses.

SCHÜNTZL.—(Apunta en el puño de celuloide.) Importe de los intereses, sí, señor. ¿Le gustan las mujeres?

BARÓN.—A mí, mucho.

SCHÜNTZL.—Digo a su hijo.

BARÓN.—¿A mi hijo? También.

SCHÜNTZL.—(Desde la puerta del gabinetito.) Entonces es un hombre. Puede usted estar tranquilo. (Sale. El barón enciende un puro y se sienta a la mesa. Maneja papeles, se abstrae completamente en el trabajo. Transcurren así unos segundos. Se abre cautelosamente y lentamente la puerta del foro y se descubre una muchachita delgada en el despacho. Anda de puntitas, con cara de susto y precaución suma. El barón no se da cuenta de la extraña visita y la muchacha no se atreve a llamar su atención. Varias veces se acerca y parece que va a ha-

blar, pero retrocede asustada. Por fin, con un esfuerzo violento y voz temblorosa, saluda.)

SUSANA.—¡Buenos días!

BARÓN.—(Asustado y sorprendido.) ¿Eh? ¿Quién es?

SUSANA.—(Asustadísima.) Soy yo...

BARÓN.—Pero, ¿quién es usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

SUSANA.—(Casi desmayada.) ¡Dios mío!... ¡El corazón!... (Con una mano se oprime el pecho; con la otra se agarra a la mesa para no caerse.)

BARÓN.—(Auxiliándola.) No comprendo... ¿Qué la sucede? ¿La persiguen? Está usted temblando...

SUSANA.—Me he asustado mucho.

BARÓN.—¿De qué?

SUSANA.—De mi atrevimiento. Ahora es cuando me doy cuenta de lo que he hecho.

BARÓN.—¿Pero qué ha hecho usted?

SUSANA.—Entrar aquí sin que me anuncien. Esperé a que el ordenanza se distrajera y me dije: “¡Atrévete, Susana!” Y... aquí estoy. Perdóneme usted.

BARÓN.—En efecto, su presentación ha sido bastante rara.

SUSANA.—No he tenido yo la culpa. Me he visto obligada a entrar de este modo...

BARÓN.—¿Por qué?

SUSANA.—(Con naturalidad.) Porque no me dejaban pasar.

BARÓN.—La respuesta no puede ser más clara. ¿A quién tengo el gusto?...

SUSANA.—Me llamo Susana Nagy.

BARÓN.—Susana... Bonito nombre. Yo soy el barón Tomás Ulrico.

SUSANA.—¡Gracias a Dios que puedo hablar con usted! ¡Cuidado que es difícil ver al director de un Banco! He ido a veinte y en todos me dijeron lo mismo: que era absolutamente imposible, ab-so-lu-ta-mente, hablar con el director.

BARÓN.—Pues usted lo ha conseguido.

SUSANA.—Por la violencia. (Ya habla segura y reaparece en ella la audacia.) Hoy día los débiles no consiguen nada. Hay que luchar. El que sucumbe es que no tenía razón.

BARÓN.—(Impaciente.) ¿Ha venido usted a pronunciarme un discurso, señorita?

SUSANA.—No, señor. He venido porque no puedo esperar más. Es un asunto urgentísimo. Se trata de algo de un interés supremo, vital.

BARÓN.—¿Me lo dirá usted por fin?

SUSANA.—(Decidida.) Señor director... (Acobardada.) Deseo una colocación.

BARÓN.—(*Muy sorprendido.*) ¿Una qué?

SUSANA.—Una colocación.

BARÓN.—¿Y lo dice usted así, con esa sencillez?

SUSANA.—¿Cómo quiere que lo diga?

BARÓN.—Por lo visto usted ignora lo que me pide. Una colocación en Budapest, y más aún en un Banco. ¿Cuando tenemos que despedir a los empleados a centenares!

SUSANA.—Ya lo sé; pero, ¿qué voy a hacerle?

BARÓN.—Lo siento, señorita. Su energía no ha dado resultado. Imposible acceder a lo que pide. Además, yo no me ocupo de asuntos de personal.

SUSANA.—Sí, en los veinte Bancos me han dicho lo mismo.

BARÓN.—Entonces... (*Señalándole la puerta.*)

SUSANA.—Creí que iba usted a responderme algo nuevo. Además, usted es el jefe del Banco; puede hacer lo que quiera.

BARÓN.—Nada puedo hacer. Adiós.

SUSANA.—¿Adiós? ¿Usted se figura, señor barón, que voy a marcharme?...

BARÓN.—¡Claro!

SUSANA.—(*Con sencillez.*) Se equivoca usted. Me quedo.

BARÓN.—(*Asombrado.*) ¡Señorita!

SUSANA.—No me rindo tan fácilmente. Sería una cobardía.

BARÓN.—¿Qué significa su actitud?

SUSANA.—Es la lucha por la vida.

BARÓN.—(*Sorprendido.*) ¿Ha leído usted a Darwin?

SUSANA.—(*Sincera.*) Desgraciadamente. ¿Que va a hacer una obre muchacha sin colocación? Leer, aprender. Sé que los débiles perecen en la lucha por la existencia. El individuo y la especie han de combatir por la vida, han de afilar sus armas. Yo sé taquigrafía, mecanografía, correspondencia, idiomas. Esas son mis armas adquiridas en la Escuela de Comercio. (*Con emoción.*) Y ahora desearía un pedazo de pan. Un pedazo de pan ganado honradamente.

BARÓN.—La intención es plausible, pero difícilísima de realizar.

SUSANA.—No hay que asustarse ante las dificultades. Yo sé resistir los golpes adversos. Si ahora me echo a llorar y me voy, estoy perdida. (*Muy triste.*) Pero yo no lloro, señor barón. (*Se saltan las lágrimas.*) Aprieto los puños y no cedo. No soy nadie. Soy uno de los "sin trabajo" que recorren la ciudad a millares; pero mi propia insignificancia me da fuerzas. Son cerca de las doce. Si antes de mediodía no resuelvo mi problema, hoy no comeremos caliente, y mañana... ni caliente ni frío...

BARÓN.—¡Es usted fantástica!...

SUSANA.—No se extrañe de mi actitud. Mi fortuna en este momento es un pengö con cuarenta céntimos y veinte centímetros de salchicha. Mi mamá se comerá en el almuerzo diez centímetros, yo seis y cuatro el perrito. ¡Y se acabó todo! ¿Comprende usted ahora, señor barón?

BARÓN.—¿Pero es verdad esa miseria?

SUSANA.—Muchísimos la sufrimos a diario. Además, ¡he tenido tan mala suerte en mis empleos!...

BARÓN.—Hable. Su situación comienza a interesarme.

SUSANA.—Hace poco entré en la Compañía de Transportes urgentes.

BARÓN.—No la conozco.

SUSANA.—Es raro, porque se hizo célebre en pocas horas. Cogía las mercancías, y en vez de transportarlas se quedaba con ellas.

BARÓN.—Un gran negocio. ¿Qué sueldo tenía usted?

SUSANA.—Sueldo no llegué a cobrar; pero, naturalmente, se quedaron con la fianza.

BARÓN.—Se la transportaron. ¿Y fué mucho dinero?

SUSANA.—No mucho, porque el gerente tenía una gran delicadeza y recibía con amabilidad hasta las cantidades más pequeñas... Vendimos el armario y otros muebles para poder reunir la fianza y...

BARÓN.—Reclame. Vaya al Juzgado.

SUSANA.—Uno de los socios está en Suramérica y el otro en la cárcel... ¡Ya ve usted cómo tiene que ganarse el pan en estos tiempos una pobre muchacha!

BARÓN.—Lo malo para complacer a usted es que en el Banco no tenemos ni una vacante.

SUSANA.—Señor director, me permito recordarle que hoy ha despedido usted a una mecanógrafa.

BARÓN.—(*Sorprendido.*) ¡Es cierto; hace un cuarto de hora! Pero, ¿cómo lo sabe usted?

SUSANA.—He montado un servicio de espionaje con los ordenanzas de los Bancos. Si despiden a alguien, me lo dicen en seguida por teléfono.

BARÓN.—¡Ah! ¿Tiene usted teléfono?

SUSANA.—Yo, no; lo tiene Strauss el tendero.

BARÓN.—¿Dónde vive usted?

SUSANA.—En el arrabal.

BARÓN.—¿Y desde el arrabal ha venido aquí tan pronto?

SUSANA.—He venido en taxi. De mis últimos cuatro pengös he gastado dos sesenta.

BARÓN.—Entonces ha empleado usted el setenta por ciento de su capital en esta empresa.

SUSANA.—Así es. Nosotros “los sin trabajo”, para lograrlo, tenemos que arriesgar grandes sumas. Había que llegar antes de nadie. Dentro de un par de horas habrá aquí cien personas a solicitar la plaza. Somos muchos, señor barón, somos muchos.

BARÓN.—Pero ninguno tan inteligente, ni tan activo..., ni tan atrevido como usted.

SUSANA.—Hay que ser así a la fuerza. Comprendo que si no soy valiente, no consigo nada; por eso me digo a mí misma: “¡Atrévete, Susana!”...

BARÓN.—Y lo arrolla usted todo.

SUSANA.—Es una especie de energía que tenemos los débiles. Yo estoy completamente decidida. (*Enérgica.*) ¡O encuentro trabajo bajo esta mañana..., o esta tarde...

BARÓN.—(*Con ansiedad.*) Esta tarde, ¿qué?

SUSANA.—(*Con voz trágica.*) Me voy al cine.

BARÓN.—¿Cómo?

SUSANA.—El hijo del dueño de la casa me está invitando siempre para que vayamos juntos. Yo me resisto, porque quisiera ser fiel a mi sistema de vida: taquimecanografía única y original. Hay mujeres que trabajan por otro sistema, y comienzan a cambiar el sistema por el cine. ¡Tendré que sucumbir, ir a ver películas..., y eso que no quería!...

BARÓN.—Es usted una heroína.

SUSANA.—Voy a dejar de serlo, porque ya me canso de pelear la nariz contra los escaparates. Los pobres nos dedicamos, unos, a mirar joyerías; otros, a contemplar vestidos, autos, autos...

BARÓN.—¿Y usted?

SUSANA.—Yo me dedico a las tiendas de comestibles y a los restaurantes.

BARÓN.—Eso es conmovedor.

SUSANA.—A las doce hago todos los días mi almuerzo de restaurante.

BARÓN.—Y eso ¿cómo es?

SUSANA.—¡Oh, muy complicado! Cojo un panecillo y lo divido en varios trozos: uno para los entremeses, otro para dejarlo mientras miro el pescado con mayonesa; luego viene el asado. Para éste un trozo de pan algo más grande, y muchas más cosas más ardorosas al bisté y al pollo. Naturalmente para el asado elijo un buen vino tinto. Claro que no en un vaso, sino al través del vidrio. Me quedan dos trocitos de queso: para el queso y para el dulce.

BARÓN.—¿Y la fruta?

SUSANA.—La saboreo frente a la mejor frutería... Yo no fre-

cuento más que los establecimientos distinguidos. Las tabernas y las casas de comidas baratas no me atraen.

BARÓN.—¡Cuántas cosas se aprenden de usted, señorita!

SUSANA.—Puede usted aprender una cosa más importante a vivir del aire. Menos que del aire: a vivir de sesenta pengos al mes. Esa es la cantidad que nos paga el Gobierno por pobre papá, muerto en la guerra.

BARÓN.—¡Dos pengos al día!... ¡Dos francos!...

SUSANA.—Con eso tenemos para todo: casa, calefacción, la comida, regalos de boda...

BARÓN.—¿Regalos de boda?

SUSANA.—Sí, señor. La gente pobre se casa muchísimo.

(*Entra SCHÜNTZL.*)

SCHÜNTZL.—Dispense, señor director. (*Enseña una hoja*) ¿Dónde pongo estos tres millones?

SUSANA.—(*Casi se cae.*) ¿Cómo?

SCHÜNTZL.—¿En el capital o en las reservas?

BARÓN.—Divídalos: uno en el capital, otro en la amoración...

SCHÜNTZL.—¿Y el otro?

BARÓN.—Póngale en cualquier parte.

SUSANA.—(*Les mira como si estuvieran locos.*) ¡Caramba!

SCHÜNTZL.—Perdone que le haya molestado, señor barón. que todos los cálculos me los han estropeado esos tres millones. (*Sale.*)

SUSANA.—¿Está loco ese hombre?

BARÓN.—No. Es un empleado del Banco.

SUSANA.—Como dice “esos tres cochinos millones”... Al fin lo, se me paró la respiración.

BARÓN.—Los millones de los demás son siempre despreciables... Bien. Vamos a ver. Usted quiere trabajar, ¿verdad, señorita?

SUSANA.—Sí, señor. Porque hay un hambre peor que la otra cuando se tiene hambre de trabajar y no se encuentra trabajo.

BARÓN.—Yo conozco ese hambre.

SUSANA.—¿Verdad que es terrible?

BARÓN.—Terrible... y magnífica.

SUSANA.—¡Si usted supiera, señor barón, cómo me gusta el trabajo! Me gusta tanto, que en mi casa cambio los muebles de sitio, para hacer algo. Yo he nacido para trabajar.

BARÓN.—¡Bravo!

SUSANA.—Era una niña chiquita y ya ayudaba a mi padre.

BARÓN.—¿Qué hacía su padre?

SUSANA.—Era pintor... de brocha gorda. Yo le ayudaba a cantar.

BARÓN.—¿A cantar?

SUSANA.—Los pintores no pueden trabajar si no cantan cuando el pobre papá se cansaba, yo seguía. Quizás por eso, para mí, trabajar y cantar son una sola cosa. (*Subiendo el tono.*) Para mí, el trabajo es tan dulce y tan alegre como un antico.

BARÓN.—¿Trabaja usted cantando?

SUSANA.—Sí; canto por dentro. ¡Dios mío, si pudiese volver a trabajar!... ¡Porque ya no podemos más, porque mamá llora todo el día, porque ya lo hemos vendido todo! Soy joven, fuersana... Y quiero trabajar, porque, aunque es tan triste para mí, adoro la vida.

BARÓN.—(*Entusiasmado.*) ¡Muy bien, señorita!

SUSANA.—(*Jugándoselo todo.*) Mire, señor barón, he traído mis manguitos negros. (*Los muestra, sacándolos del bolso de mano.*) Los he cosido yo misma, como otras muchas cosen su ropa de novia. Son mi uniforme de gala: el uniforme del trabajo. Me los pongo, y ya me tiene usted dispuesta. Aquí hay la mesa vacía y una máquina de escribir ociosa. Ordéneme y yo me siento a trabajar, y no se arrepentirá.

BARÓN.—¡Tiene usted un entusiasmo contagioso!

SUSANA.—(*Se apodera del lápiz y del bloque de cuartillas.*) Señor director, a sus órdenes. Dícteme.

BARÓN.—(*Dictando.*) Señor director de la Compañía de Importación de Petróleo, Sociedad Anónima. Budapest.—Tengo el honor de comunicar oficialmente a esa estimada dirección...

SUSANA.—(*Escribiendo.*) Dirección...

BARÓN.—(*Aumentando la rapidez.*) ...que las negociaciones he iniciado respecto a la ampliación...

SUSANA.—Ampliación... No se detenga. Escribo trescientas palabras por minuto.

BARÓN.—(*Más de prisa todavía.*) ...ampliación del trust del petróleo del Centro de Europa, han llegado a un punto en el que, después de llenar las formalidades prescritas por las leyes (*Como si fuese un artista de circo especializado en hablar con maravillosa velocidad.*) para las Sociedades anónimas, realizaremos la importante transacción, tan esperada por los elementos económicos centroeuropeos. (*Deja de dictar. Con entusiasmo.*) Tiene usted muchísima razón, señorita Susana. Nadie en el mundo tiene derecho a prohibirla a usted que se siente a esa mesa. (*Suena el teléfono, pero no le atiende.*) Porque tiene usted energía, capacidad de trabajo, empuje... (*Segue sonando el teléfono y él no presta atención.*) Sí, tiene usted derecho a un pedazo de pan, señorita.

SUSANA.—(*Impaciente.*) Está sonando el teléfono. (*Coge el*

auricular.) ¡Diga! Aquí el Banco Universal. ¿El señor director?... Preguntan por usted... El señor director se ha marchado. (*Cuelga el auricular.*)

BARÓN.—¿Qué?... ¿Ha dicho usted que no estaba?

SUSANA.—Sí.

BARÓN.—¿Cómo se ha atrevido...?

SUSANA.—Era voz de mujer.

BARÓN.—(*Con júbilo.*) ¡Hasta eso sabe esta muchacha!... ¡perfecta! (*Gritando.*) ¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(*Aparece por la puerta de la derecha.*) Manda señor director.

BARÓN.—(*Imperativo.*) ¡Bese usted la mano a esta señorita

SCHÜNTZL.—¿Cómo?

BARÓN.—Y admírela. Esos manguitos negros son los compañeros de sus puños de celuloide.

SCHÜNTZL.—Pero tendrá que apuntar las cosas con tiza.

SUSANA.—Yo lo anoto aquí todo. (*Señalando la frente. Susana el teléfono. Coge el auricular, vehemente.*) ¡Diga!... ¡hable en seguida... Señor director, álargueme un papel, a cape. Usted, el lápiz; ¡corra! (*Los dos hombres obedecen. Desde este momento Susana les ordena alegre, activa, con un capitán.*) Sí; venga. Budapest, 90,65; París, 20,35; Londres, 25,35; Nueva York, 518,65; Madrid, 436; Bruselas, 72,2 (*Sigue haciendo notas, febrilmente. Presenta la cuartilla.*) Señor director, aquí tiene usted las cotizaciones de Zurich.

BARÓN.—Es asombroso.

SCHÜNTZL.—Señorita, permítame que me presente: Señor Schüntzl.

SUSANA.—Me alegro... ¿A qué hora es la firma?

BARÓN.—A la una.

SUSANA.—Gracias. Yo soy muy puntual. Me gustan las órdenes claras y terminantes... Debo advertirle una cosa.

BARÓN.—Mande, mande usted lo que guste.

SUSANA.—Esta máquina está sucia, muy sucia, y mañana tiene que estar completamente limpia.

SCHÜNTZL.—¡Es irresistible!

SUSANA.—(*Como lo diría Napoleón, triunfante.*) ¡Cómo, señores! ¿Es que no hay nada que hacer? (*Llama por teléfono.*) ¡Oiga! Que avisen a los Negociados... ¡Urgente! El señor director pide la firma. (*Cuelga el teléfono.*) Señor director, el correo estará dentro de un momento. Usted firmará y usted (*Por Schüntzl.*) pasará el papel secante.

BARÓN.—¡Colosal!... ¡Estupendo!...

JULIO.—(*Entrando.*) Aquí me tienes, papá.

CONDE.—(*Entra detrás de Julio.*) Es la hora. Podemos irnos a comer.

BARÓN.—¡Imposible! Esta señorita no me deja. *(Con arrebatado.)* Julio, ¿quieres ver un manantial de energía, de fuerza, de vida?

JULIO.—¿Energía, vida?

BARÓN.—Y tú, viejo camarada, ¿quieres rejuvenecerte diez años?

CONDE.—¡Qué preguntita!

BARÓN.—Pues os voy a presentar: el conde Federico Sternheim, consejero del Banco...; el baroncito Julio Ulrico, mi hijo... Mi secretaria, Susana Nagy.

SUSANA.—*(Con un grito de alegría.)* ¿De veras?

BARÓN.—De veras.

SUSANA.—¿Palabra?

BARÓN.—Palabra.

SUSANA.—Entonces, le suplico que me permita disponer de un momento. *(Va a salir.)*

BARÓN.—¿Adónde va?

SUSANA.—A teléfonoar.

BARÓN.—Aquí tiene teléfono.

SUSANA.—Es un asunto particular. Temo molestarles a ustedes.

BARÓN.—No molesta... Hable.

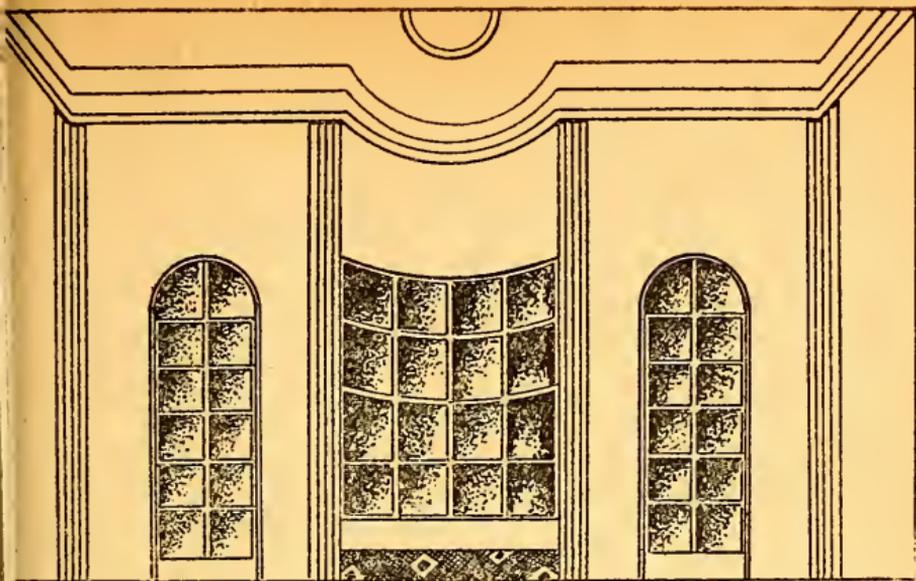
SUSANA.—Gracias... ¡Oiga: 620-18!... ¡Oiga!... *(Tímida al principio, va recobrando su serenidad y luego su imperio.)* ¿Es la tienda de comestibles de Strauss?... ¡Ah!, ¿es usted?... Susana Nagy... Haga el favor de enviar ahora mismo a mamá diez kilos de harina, diez kilos de azúcar, un kilo de café... Sí, sí... *(Cada vez con mayor entusiasmo, como si cantara un himno a los comestibles.)* Un kilo de jamón, cortado en lonchas... Dos docenas de huevos, manteca de vaca, cinco kilos de arroz... *(Como cantando.)* Pasas, almendras, seis libras de chocolate... *(Estallando de placer.)* Salchicha de Francfort, pero no por centímetros..., once kilos... *(Crescendo.)* Mande lo primero un saco de carbón y otro de astillas. ¡Dígale a mamá que encienda la chimenea!... *(Casi llorando.)* Que haga la comida..., ¡la comida!..., porque encontré una colocación y ya no pasaremos más hambre...

T E L O N



Ab
er
di
St
di
to
sp
ue
por
ta
el

/S
Co
per
St
e
us
D
e
CS
ar



ACTO SEGUNDO

ón particular, elegante, en un gran hotel de París. A él dan acceso: a derecha, el pasillo; foro izquierda, la habitación del Barón; lateral derecha, la habitación de Susana; lateral izquierda, la habitación Schüntzl. Entre las dos puertas del foro, amplio ventanal por el que divisa la torre Eiffel. Formando ochava, junto a la habitación del Barón, otra puerta más ancha que da paso al comedor reservado del esped. Hay en el saloncito una gran mesa de despacho y otra más pequeña con máquina de escribir, igual que en el despacho del acto anterior. Anochece. Susana escribe a máquina como si tocara el piano, cantando la cancioncilla de moda que también interpreta el "jazz-band" del bar del hotel. Entra el CONDE y contempla un instante a la alegre trabajadora.

(Susana canta un fragmento de la cancioncilla.)

CONDE.—Buenas tardes, Susana. Veo que está usted muy alegre.

SUSANA.—Siempre estoy alegre cuando trabajo.

CONDE.—Trabaja usted cantando.

SUSANA.—¿Hay algo malo en ello?

CONDE.—Al contrario. Es una de las muchas cosas bonitas que tiene usted.

SUSANA.—Desde que llegué a París no he parado de tararear algo. Aquí, en el hotel, la música empieza a las cinco

y se filtra por las paredes... No se puede resistir la tentación de... *(Repite unos compases de la cancioncilla.)*

CONDE.—¿Por qué no baja a bailar? ¿No la gustaría?

SUSANA.—¡Dios me libre!... Tengo miedo...

CONDE.—¿A los hombres?

SUSANA.—No. A las mujeres. ¡Estas mujeres de París! Son un ejemplo peligroso. *(Llamando.)* ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—*(Saliendo de la habitación de la izquierda)* Mande, señorita Susana.

SUSANA.—*(En tono ordenancista.)* El correo de esta tarde *(Entrega a Schüntzl, con rapidez vertiginosa, pliegos y hojas, grandes y pequeños, hasta inundarle. Schüntzl los sostiene difícilmente.)* Compañía anónima de petróleos Júpiter, cedos anejos; Elvecco y Compañía, Rouen, tres anejos; Morrison e Hijos, Francfort, cinco anejos; dibujos técnicos; Compañía marítima Van der Coolden, Rotterdam, ofrecimientos de fletes; otro ofrecimiento de fletes; Centro Bancario, Budapest, subsecretario de Comercio, Sindicato, subdirector de Estadísticas, Catastro, Corporación general de Industriales... Extracto de cuenta corriente. *(Todavía más imperiosa y velozmente)* Hay que distribuir las, copiar las, traducir las, registrar las, ponerlas en orden, revisarlas y presentárselas al barón, para firma.

SCHÜNTZL.—*(Abrumado.)* ¡Jesús!... ¡Es un ciclón! *(Haciendo equilibrios para que no se le caiga la torre de papeles, va a su cuarto.)*

SUSANA.—¿Todavía no se ha acostumbrado a mi manera de ser?

(Entra JULIO rápidamente.)

JULIO.—Beso sus pies, señorita.

SUSANA.—*(Que se había puesto a escribir, levanta los ojos)* ¡Ah!, ¿es usted?... Creí que era su padre.

JULIO.—*(Contrariadísimo.)* ¡Mi padre!... ¡Es terrible! ¡Siempre mi padre! *(Desesperado.)* ¡Y pensar que he venido a París porque aquí las mujeres no conocen a papá!...

CONDE.—¿Qué importancia tiene eso para ti?

JULIO.—¿Importancia?... Es la felicidad suprema. Aquí soy yo. ¡Yo!... Aquí me quieren por mí mismo... Aquí no me conocen al oído, cuando más entusiasmado estoy: "Oye, Julio, ¿qué capital tiene el Banco de tu padre?"... ¡Es insoportable!

CONDE.—De modo que en París te has desquitado.

JULIO.—No. Tengo ese sino y no puedo escapar a él. ¡No ves que estamos acosados de gente de Budapest y de todo el propio París, que esperan poder hablar con papá, que le conocen..., y que me conocen a mí!

CONDE.—Pero eso debía serte agradable.

JULIO.—¡Precisamente he venido a comunicar a papá la resolución que he tomado!

CONDE.—¿Cuál?

JULIO.—Irme a vivir a otro hotel.

SUSANA.—¿Se separa usted de nosotros?

JULIO.—Me mudaré al otro lado de París, aunque no creo que me sirva de mucho; porque yo, a la fuerza, he de ser "el hijo de alguien". Ya ven ustedes, el otro día, en la plaza de la Concordia, tropiezo con una mujercita elegante, encantadora, bonita. Me sonrío, la sigo; veo que lleva un libro húngaro en la mano... ¡Era de Budapest!... Al otro día, cuando desayunábamos...

SUSANA.—¡Ah!, ¿desayunaron ustedes juntos? ¿Por qué?

JULIO.—Porque habíamos cenado juntos. Estaba untando mantequilla en la tostada, cuando me pregunta de repente: "Oye, riquín, ¿cómo te llamas de apellido?... Aún no me lo has dicho." Repaso en la memoria todos los nombres que conocía, y la digo: "Soy Julio Waldmann." Y ella exclama con júbilo: "¡El hijo de Waldmann, el joyero!"

SUSANA.—¡Ja, ja, ja!

JULIO.—¡Ese es mi destino! Interesar a las mujeres hasta por los padres que no tengo.

CONDE.—La cuestión es interesarlas, sea como sea.

JULIO.—Susy, dígale a mi padre que van tres veces que quiero hablar con él, sin conseguirlo. Abur.

CONDE.—¿Dónde vas?

JULIO.—Voy a los arrabales, al barrio más lejano. Allí buscaré una mujer y la diré que soy un niño de la Inclusa. *(Sale por la derecha.)*

CONDE.—¡Pobre chico!

SUSANA.—*(Ríe.)* ¿Pobre?

(Vuelve a oírse la música del "jazz" del hotel. Susana tararea de nuevo y el conde la imita.)

CONDE.—Ya se ha aprendido usted las canciones de moda en París. ¡Y eso que no lleva más que...!

SUSANA.—Diez días. Y todavía no puedo creer que sea verdad.

CONDE.—¿Qué?

SUSANA.—Que estoy aquí y que tengo colocación. ¡Y hasta que me pagan dietas de viaje!... Ya ve usted, ¡dietas! ¡A mí que he estado a dieta toda la vida!

CONDE.—Le da usted mucha importancia a los alimentos.

SUSANA.—¡Ya lo creo! El otro día entré en los almacenes del Louvre. Pues no salí del restaurante. Si todo esto es un sueño, por lo menos, cuando despierte, habré comido para unos días.

(Por la derecha, elegantísima, vistosa, entra OLY.)

OLY.—Buenas noches.

SUSANA.—(*Con hostilidad instintiva, la mira de pies a cabeza.*) ¿Qué desea usted?

OLY.—Ver al barón.

SUSANA.—Está comiendo con el ministro de Hacienda.

OLY.—Entonces avísele que estoy aquí.

SUSANA.—¿Qué dice usted?

OLY.—Conozco el pretexto. El barón la ha ordenado a usted que diga esa tontería.

SUSANA.—¿Cómo lo sabe usted?

OLY.—¡La he repetido yo misma tantas veces!... He sido secretaria del barón antes que usted, señorita.

SUSANA.—(*Contrariada.*) ¡Secretaria del barón!

CONDE.—(*Reconociéndola.*) ¡En efecto!... ¡Si es Oly!

OLY.—Creí que no me iba a saludar, conde.

CONDE.—Perdóneme; pero ha cambiado usted tanto... Ese traje, ese sombrero... Esa elegancia...

OLY.—Es natural que vista así... ¡Como estoy cesante!... (*A Susana.*) Por casualidad no soy yo la que está sentada ante esa máquina... Pero tuve la suerte de que me despidieran. (*Con ironía.*) Y usted, ¿está contenta con el cargo?

SUSANA.—(*Hostil.*) Yo, sí.

OLY.—(*Irónica.*) Entonces usted es esa mujer que el barón ha buscado tanto tiempo...

SUSANA.—¿En qué sentido lo dice usted?

OLY.—Buscaba la trabajadora ideal, la que formase parte de la máquina de escribir, la que no despertase en él pensamientos... agradables.

SUSANA.—Yo no estoy aquí para despertar en el barón pensamientos de esa índole.

OLY.—Entonces, tiene usted un gran porvenir en el Banco. Y usted, querido conde, ¿qué me dice?

CONDE.—Querría preguntarla, si no es indiscreto, cómo ha venido usted a París.

OLY.—En auto.

CONDE.—¿En auto?

OLY.—Naturalmente. ¿No le he dicho que estoy cesante? Pero el barón se retrasa.

SUSANA.—Quizás no venga.

OLY.—Bien; le aguardaré sin perder el tiempo. Abajo, en el bar, están bailando la mitad de París y la mitad de Budapest. Todos los amigos y todos los enemigos del barón. Señorita, cuando llegue dígame que estoy en el bar. ¿Usted no baila, conde?

CONDE.—Yo he dejado de bailar en la época del vals boston.

OLY.—Lo siento. Hasta la vista, conde. Buenas noches, seño-

rita. *(Sale por la derecha. Antes de salir deja caer un pañolito, por descuido, en cualquier rincón discreto.)*

SUSANA.—Si ésa espera que yo le dé el recado, ya puede sentarse.

CONDE.—¿No va usted a decirle que ha venido?

SUSANA.—Estoy autorizada por el director para no darle cuenta de las visitas molestas.

CONDE.—Y usted, naturalmente, considera a esa señorita visita molesta.

SUSANA.—¡Qué mujer! ¡Puf! ¡Qué perfume usa! Voy a ponerla en la lista. *(Escribe en una hoja que sacó del cajoncito de la máquina.)*

CONDE.—¿Qué lista?

SUSANA.—La de las personas que no deben ver nunca al director.

CONDE.—Enséñemela. *(Leyendo.)* ¡Caramba! ¡Si la mayor parte son mujeres!

SUSANA.—*(Con naturalidad.)* ¡Claro! ¿Voy a soportar que las mujeres le acosen? *(Suena el teléfono.)* ¡Diga! ¿Es usted, señor director?... Sí... Sí... ¿Cómo?... *(Feliz.)* ¡Pero si eso es estupendo!... En seguida voy a hacer todo lo necesario... *(Cuelga el auricular y grita con júbilo.)* ¡Schüntzl! ¡Schüntzl! *(Desde este momento, Susana habla y obra con la rapidez del relámpago. Distribuye cartas, telegramas y documentos como lo haría un prestidigitador.)*

SCHÜNTZL.—Mande, señorita Susana.

SUSANA.—*(Con un grito de triunfo.)* ¡Hemos triunfado, Schüntzl!... ¡Hemos triunfado! ¡Se firmó el contrato del petróleo!

CONDE.—¡Bravo!

SCHÜNTZL.—¡Al fin!

SUSANA.—*(Ordenancista.)* El señor director estará aquí dentro de unos minutos. Pueden salir los telegramas.

SCHÜNTZL.—Antes hay que escribirlos.

SUSANA.—Están escritos desde ayer... Cada telegrama es una sola palabra: "Firmado"... Ahí van. *(Distribuye, vertiginosa, los telegramas.)* Basilea, Ginebra, Zurich, Triéste, Roma, Madrid, Berlín, Milán, Hamburgo, Rotterdam, Londres, Viena, Praga... Y estas cartas urgentes.

SCHÜNTZL.—*(Agobiado.)* ¡Sí, urgentes. *(Sale.)*

SUSANA.—*(Llama por teléfono.)* ¡Hallo, s'il vous plait, madame! Budapest, 985-18. Urgent. *(Cuelga el aparato.)*

CONDE.—¡Colosal! ¡Esta muchachita tiene en sus manos a toda Europa!

SUSANA.—*(Con la dignidad de un general.)* ¡Señor conde, mañana por la mañana tiene usted que firmar la escritura!

¡Señor Schüntzl, los comunicados para la Prensa, una lista de los redactores financieros de los periódicos franceses, el informe para la Legación de Hungría, las invitaciones para las Compañías de petróleo que no pertenecen al Trust...

SCHÜNTZL.—(*Cogiéndose la cabeza con las manos.*) ¡Que me mareo!

CONDE.—Pero... ¿cómo sabe usted todas esas cosas?

SUSANA.—(*Mostrando un papel.*) Aquí están todas las instrucciones detalladas: lo que hay que hacer en el momento mismo de llegar a un acuerdo. (*Enseña otros papeles al conde.*) Aquí tiene las invitaciones para la comida con sus direcciones; la fecha la señalará el señor barón. Estas son las tarjetas del menú; éstas las listas de los vinos. La comida se celebrará aquí, en el comedor particular. (*Con orgullo.*) Nosotros trabajamos así: se prepara todo, se organiza y se moviliza todo y en el momento decisivo basta hacer un ademán y todo se pone en marcha.

(*Entra el BARÓN de la calle; en la escena siguiente se acentúa todavía más el ritmo vertiginoso.*)

BARÓN.—Buenas. Ni una palabra. No tengo tiempo para recibir felicitaciones. Escriba, señorita. (*Susana ya estaba a su lado, con un bloque de cuartillas y el lápiz dispuesto.*) “Disposiciones de Bolsa. París. Por la mañana, a las ocho, antes de la apertura, comprar valores de petróleo en cualquier cantidad. Iniciar la cotización a 899. A las diez y media, llegar hasta 915. A las once, hasta 918. Al cerrar, a 923. Esta cotización debe quedar fija. Quebrantar cualquier especulación.” Se acabó. (*Con júbilo.*) ¡Vaya negocio!

CONDE.—Excelentísimo.

SUSANA.—Enhorabuena, señor director.

SCHÜNTZL.—Me permito felicitarle.

BARÓN.—Hay momentos en que se ve que es hermoso, bueno, justo, vivir, crear y ser fuerte; coger el mundo con las dos manos: con una, lo de aquí, y con la otra, lo que hay en la orilla opuesta del Océano. Londres, París, Berlín; ciudades, fábricas, buques, ferrocarriles. ¡Movimiento y ritmo! ¡Y dinero! Dinero santo, honrado, conseguido a fuerza de trabajo... ¡Oh! ¡Mi oficio es maravilloso!... (*Suena el teléfono.*) Diga... ¿Budapest, Banco Universal?... Aquí, París... Soy yo... Hemos triunfado. Uno contra cero para Hungría. Puedo corregir lo del César: “Vine, vi, vencí y saqué dinero.” Mañana instrucciones detalladas. Por de pronto, comprar y estabilizar. Con el petróleo hemos terminado. Ahora le llegó la vez a los aceites. Saludo a Budapest.

CONDE.—(*Acercándose, grita por la bocina.*) ¡Yo, al centro!

SUSANA.—(*Igual juego.*) ¡Yo, al arrabal!

BARÓN.—(*Cuelga el auricular, enérgico.*) ¡Schüntzi! ¡Correr ejecutar.

SCHÜNTZL.—(*Como una hoja en la tempestad.*) Ya corro, señor director. Estoy corriendo y ejecutando. (*Sale.*)

BARÓN.—(*En tono de mando también.*) Y usted, señorita, ítese los manguitos.

SUSANA.—¿Qué tengo que hacer?

BARÓN.—Descansar. Ha trabajado usted como un hombre.

SUSANA.—Señor director, yo...

BARÓN.—Por la mañana, por la tarde, por la noche...

CONDE.—Ha trabajado ferozmente.

BARÓN.—¡Quítese los manguitos en seguida!

SUSANA.—(*Quitándoselos.*) Como mande.

BARÓN.—Y ahora, dígame rápidamente lo que le hace falta. Quiero demostrarle mi gratitud. Usted no conoce París más que por los tejados. Esta noche la enseñaremos el resto.

SUSANA.—(*Alegrísima.*) ¿Me va a llevar con usted, señor director?

BARÓN.—Desgraciadamente tengo otro programa. Pero aquí está el conde.

SUSANA.—(*Desilusionada.*) ¿El señor conde? (*Encogiéndose hombros.*) Bueno.

CONDE.—Me consideraré muy dichoso acompañándola.

BARÓN.—También puede disponer de mi hijo. Vaya a cambiarse de vestido. ¿Tiene traje de noche?

SUSANA.—Sí... He comprado uno por 825 francos.

CONDE.—¡Será espléndido! Entonces, a las nueve.

SUSANA.—Sí, señor conde... Va usted a ser mi primer gateador... Ya ve, empiezo a transformarme en una parisien.

CONDE.—¿Qué amable! ¿Puedo besar su mano?

SUSANA.—(*Poniéndose las manos a la espalda.*) Acabo de cambiar de cinta a la máquina. Hasta ahora mismo. (*Sale corriendo como una chiquilla.*)

BARÓN.—¿Qué mona es!

CONDE.—Y muy bonita.

BARÓN.—¿Bonita?

CONDE.—¿No te has dado cuenta?

BARÓN.—¡Ptsch! Una mujer que trabaja aquí...

CONDE.—Pero que se desnuda allí...

BARÓN.—¡Hombrre, claro!... Vivimos todos en el hotel... Yo soy dictado por la noche.

CONDE.—¿Un hombre que dicta por la noche! Yo creía que por la noche las que dictaban eran las mujeres.

BARÓN.—Siempre serás un muchacho.

CONDE.—Gracias a Dios. (*Empieza a tararear.*)

BARÓN.—¿Qué haces?

CONDE.—Buscar el tema.

BARÓN.—¿Qué tema?

CONDE.—El de esa muchacha. Hay mujeres que cuando ve uno, silba una canción antigua o una opereta de moda: *La Geisha, La bella Helena, No, no, Nanette*. Esta chiquilla es la propia Primavera... ¡Ya está!... ¡Wagner! ¡*La Walkyria*! (Canta, emocionado, el aria de la Primavera.) “¿No ves cómo nos sonríe la Primavera? Venció a las tempestades del invierno; en el bosque y en los prados...”

BARÓN.—¡Loco incorregible!

CONDE.—Confiesa que tú también sientes algo por esa chiquilla. (Señala el corazón del barón.)

BARÓN.—¿Yo? Nada. Por lo visto me he acostumbrado a ella. Para mí es un animalito doméstico.

CONDE.—¡Hombre! ¡Esas comparaciones!...

BARÓN.—Puede que si se marchase me hiciera falta. Pero bueno, se acabó el trabajo; ahora hay que preparar algo muy parisien: una aventurilla agradable, ¿eh? Vamos a vestirme.

CONDE.—¿Te sientes conquistador?

BARÓN.—No hay más remedio. Trabajar siempre sería muy triste.

(Entra SCHÜNTZL.)

SCHÜNTZL.—Señor director, todas sus órdenes han sido cumplidas.

BARÓN.—Bien; gracias, Schüntzl.

(Entra JUAN.)

JUAN.—Señor director, en el salón esperan varios caballeros. ¿Quiere recibir a alguno?

BARÓN.—Mi secretaria se entenderá con ellos. (Al conde.) Adiós. Diviértete lo que puedas con la taquimeca. (Sale. Juan también hace mutis.)

SCHÜNTZL.—¿De modo que el señor director va a divertirse? Entonces también yo tengo derecho.

CONDE.—¿Pero usted sabe divertirse?

SCHÜNTZL.—Verá usted. Lo primero que hago es volverme la corbata. (Vuelve su corbata, que es de lazo hecho.) Mire usted. Es invención mía. Por un lado, gris; por el otro, roja. Miertras el lado gris está por fuera, yo no soy más que un esclavo: un lápiz, una regla de cálculo. Pero si me la pongo por el lado rojo, entonces... ¡soy un hombre de mundo!

CONDE.—Es un invento genial. Pero por este lado no lo había conocido a usted todavía.

SCHÜNTZL.—Pues cuando uso así la corbata no sabe usted las conquistas que hago.

CONDE.—Es usted un grande hombre.

SCHÜNTZL.—¿Verdad que sí? A veces me veo obligado a reconocerlo. Que se divierta, señor conde. *(Sale.)*

CONDE.—Hasta la vista, corbatero. *(Mientras el conde enciende un pitillo entra SUSANA. Vestido de noche.)*

SUSANA.—Aquí me tiene, señor conde.

CONDE.—¿Tan pronto? ¡Y yo que no me he vestido todavía! *(Asombrado.)* Pero Susy... ¡Qué encantadora está usted!... Y ese trajecito...

SUSANA.—Le he comprado hecho. ¿Puedo salir con él sin hacer el ridículo?

CONDE.—¡Feliz inocencia! No sospecha usted lo bonita, lo elegante que está. Dígame, Susy: ¿ha tenido usted alguna aventura en París?

SUSANA.—¡Ya lo creo!

CONDE.—¿Quién fué ese hombre afortunado?

SUSANA.—El botones negro del ascensor.

CONDE.—¿Cómo? ¿Ha empezado usted por un negro? En París las mujeres suelen dejarle para el final.

SUSANA.—Sí; fué el del ascensor. Entré y le dije, como siempre: "Primer piso." Subimos, subimos, subimos y el chico me hace llegar hasta la terraza. "¿Qué significa esto?", le pido. Y el chico va y se ríe, enseñándome todos los dientes, me contesta: "Es que es usted tan guapa, que con usted se va al cielo."

CONDE.—¿Y qué hizo usted?

SUSANA.—Le di un bofetón y luego unos bombones de chocolate. Esa ha sido mi primera aventura.

CONDE.—La primera... Si me lo permite usted, yo seré protagonista de la segunda... *(La besa, delicadamente, en la nuca.)*

SUSANA.—¡Jesús! ¿Qué ha hecho usted? ¿Me ha besado en la nuca?

CONDE.—Sólo la rocé delicadamente con los labios.

SUSANA.—Es escandaloso.

CONDE.—¿Qué?

SUSANA.—Que no pueda escandalizarme.

CONDE.—Que no se escandalice usted cuando la beso, sólo triste para mí.

SUSANA.—Al pensar que un atrevido pudiera darme un beso, empre pensaba contestarlo con una bofetada. Y ahora ni quiera me enfado con usted.

CONDE.—*(Triste.)* No me considera usted peligroso.

SUSANA.—No; si es que se lo he agradecido, porque... ¿Quiere repetir?

CONDE.—*(Besándola otra vez en la nuca.)* Susy...

SUSANA.—*(Espera a ver si la hace efecto, y dice con la ma-*

yor tranquilidad.) Es curioso... No siento nada...; pero nada en absoluto... ¿Y por eso se vuelven locas las mujeres?

CONDE.—Por lo visto ya no se vuelven ustedes locas por eso.

SUSANA.—¿Y para usted es muy agradable?

CONDE.—Agradable... y un poquito doloroso también.

SUSANA.—Entonces... ¿por qué me ha besado usted?

CONDE.—Porque su nuca es tan linda y tan fresca que yo he podido resistir la tentación.

SUSANA.—Gracias por el elogio, señor conde. Ya ve usted que comienzo a transformarme. ¿Dónde me lleva esta noche?

CONDE.—Donde usted quiera. Voy a vestirme. Tardo un minuto, preciosa. *(Sale.)*

SUSANA.—*(Pasándose la mano por la nuca.) ¡Vamos!... (Se sube a una silla para intentar mirarse, en un espejo de pared, parte de atrás de la cabeza. Por la izquierda entra el BARÓN de batín.)*

BARÓN.—¡Ah!... Susy... ¿Ya está usted vestida?

SUSANA.—Sí, señor barón.

BARÓN.—¡Qué bonita está usted!

SUSANA.—¿De veras? Hace un momento me ha estado examinando el señor conde.

BARÓN.—¿Con resultado satisfactorio?

SUSANA.—*(Acariciándose la nuca.)* Demasiado satisfactorio. Pero su fallo no me basta. Para mí, el señor barón es el juez inapelable.

BARÓN.—Pues la aseguro que está usted encantadora... elegante.

SUSANA.—Es usted muy amable... Gracias por eso y por la noche que me ha proporcionado. No le molesto más. Voy a esperar en el comedor que se vista el señor conde. Buenas noches.

BARÓN.—¡Un momento!

SUSANA.—¿Me manda usted algo?

BARÓN.—Ahora recuerdo que tengo que añadir pequeños detalles al informe.

SUSANA.—Con mucho gusto... Voy a ponerme mis manguitas. *(Va a ponérselos.)*

BARÓN.—No... Es una verdadera lástima que meta en un funda los brazos tan hermosos.

SUSANA.—*(Sorprendida.)* ¡Vamos!...

BARÓN.—¿Qué?

SUSANA.—*(Siempre sorprendida.)* ¿Pero el señor barón sabe que yo tenía brazos?

BARÓN.—Claro...

SUSANA.—Por lo visto soy otra.

BARÓN.—¿Está usted lista?

SUSANA.—A sus órdenes.

BARÓN.—(*Dicta, paseándose.*) “Señor don Hugo Félix, subdirector del Banco Universal. Budapest... (*El barón procede como en la escena con Oly, en el primer acto.*) Es curioso... ¡Qué descotado es ese vestido!

SUSANA.—¿De veras?

BARÓN.—(*Dictando.*) Mi querido amigo: Te comunico, como resultado de las negociaciones decisivas de hoy..., que... (*Se interrumpe.*) Pero es curiosísimo... ¿De modo que usted también tiene?...

SUSANA.—¿Qué tengo?

BARÓN.—Ricitos en la nuca.

SUSANA.—(*Molesta.*) Señor director, será preferible que me ponga los manguitos y el traje de trabajar.

BARÓN.—¿Van a serle útiles para algo?

SUSANA.—Siempre lo fueron. ¿Por qué no van a serlo hoy?

BARÓN.—Porque precisamente hoy... (*Ve el pañolito y lo recoge.*) Su pañuelo... (*Llevándose a la nariz.*) Caramba... ¿Qué perfume es éste? (*Susana, contrariada, asustada, se calla.*) Es su perfume, Susy?

SUSANA.—No, señor... Yo no uso perfumes... No es mi pañuelo.

BARÓN.—Entonces es que ha venido alguna señora... (*Silencio penoso.*) ¿No ha venido nadie a buscarme?

SUSANA.—(*Fingiendo naturalidad.*) No... Nadie..., nadie.

BARÓN.—Es curioso... Entonces, ¿cómo ha entrado aquí este pañuelo?... Y ese perfume... Abra usted la ventana. Me pone nervioso...

SUSANA.—(*Abriendo la ventana.*) ¿Tan sensible es usted?

BARÓN.—Siempre me pone nervioso un perfume cuando no se ha adherido a la persona a que pertenece. Gracias. (*Respira, en la ventana.*)

SUSANA.—(*Señalando algo.*) Señor barón, ¿qué es aquella luz tan violenta?

BARÓN.—La Opera.

SUSANA.—¿Y las dos torres de allá?

BARÓN.—Notre Dame.

SUSANA.—¿Dónde vive el campanero jorobado? Lástima no poder verle; ¡pero es de noche!...

BARÓN.—(*Con dulzura.*) ¡Si supiera usted qué agradable es estar asomado a una ventana de París, de noche, con una muchacha bonita!...

SUSANA.—También para mí es agradable estar asomada con un barón auténtico.

BARÓN.—Es usted muy amable... ¿Quiere un cock-tail?

SUSANA.—¿Qué es eso?

BARÓN.—Un aperitivo.

SUSANA.—¡Ay! ¡Yo no tengo necesidad de abrir el apetito!

BARÓN.—(De un armario saca dos vasos y prepara un cocktail.) En París, en cuanto llega la noche, todo el mundo bebe. Tome... Medio vaso de vermut con una gotas de bitter... Todo el mundo tiene sed y hambre, y se siente alegre y hasta feliz..

SUSANA.—¿Feliz? Voy a probarlo. (Bebe.) En efecto; es muy bueno.

BARÓN.—¿Quiere otro vaso?

SUSANA.—No me atrevo; tengo miedo. ¡Medio vaso de vermut y el mundo entero cambia!... Hasta ahora sólo se oían los rumores de París; pero ahora París está cantando. (Se oye el enorme rumor de la metrópoli y la música del jazz del hotel.)

BARÓN.—Canta la música más bella.

SUSANA.—París es una ciudad peligrosa.

BARÓN.—Precisamente por eso la adoro... Susy... (Se acerca emocionado a ella. Transición.) Creo que tiene usted razón. Póngase los manguitos.

SUSANA.—¿Cree usted que me serán útiles?

BARÓN.—Hasta ahora lo fueron. ¿Por qué no van a serlo hoy?

SUSANA.—Porque precisamente hoy...

BARÓN.—¿Qué ha ocurrido precisamente hoy? Sí; algo se insinúa, aparece, me hechiza...

SUSANA.—(Coqueta.) Se nos olvida que hay que trabajar.

BARÓN.—No importa... Susy... Linda Susy. Va usted a atraer otros umbrales.

SUSANA.—¿Yo?

BARÓN.—Hace unas semanas estaba usted en el umbral de mi despacho...; el umbral del trabajo. Y hoy... (De repente con pasión contenida.) Dígame, Susy: ¿no ha pensado usted nunca que era una verdadera mujer?

SUSANA.—No necesito pensarlo. Lo sé desde hace mucho tiempo... (Con un suspiro melancólico.) Desde que recibí la primer bofetada.

BARÓN.—¿Cómo?

SUSANA.—Cuando tenía cuatro años el hijo del portero me pegó, y el padre le regañó y le dijo: "¿No sabes que a las mujeres no se las debe ni tocar?" (El barón, que está junto a ella casi rozándola, se retira ante su mirada y su frase.) Desde entonces sé que soy una mujer... y que no deben rozarme.

BARÓN.—Es un episodio muy inocente. (Vuelve a acercarse.) Le falta el dulce estremecimiento que producen las aventuras.

SUSANA.—(Estremecida porque el barón le habla casi al oído.) Y ese dulce estremecimiento... ¿es absolutamente indispensable?

BARÓN.—(*La coge por los brazos y la atrae.*) Sí.

SUSANA.—Bien... Pues ya está... (*Se retira bruscamente de ella; anda unos pasos, precipitados.*)

BARÓN.—¿Adónde va tan aprisa?

SUSANA.—(*Bajo los efectos del aperitivo.*) Estoy un poco mareada... Señor Barón... ¡Qué excitación produce trabajar sus órdenes! Hasta ahora lo ignoraba, no tenía la menor idea de él... ¡Buenas noches!... (*Sale por la derecha como si huiera de un peligro. Pausa.*)

BARÓN.—¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(*Entra por la izquierda.*) Mande, señor director.

BARÓN.—Usted ha conocido a mi padre, ¿verdad?

SCHÜNTZL.—(*Como un gramófono.*) ¡Ya lo creo! Llevaba pallas, fumaba puros de Virginia y...

BARÓN.—(*Impaciente.*) Eso ya lo sé... Dígame: ¿cometió alguna gran locura?

SCHÜNTZL.—Estaba asegurado.

BARÓN.—¿Cómo asegurado?

SCHÜNTZL.—Sí. Hacía pequeñas tonterías... Cuántas veces me lo dijo: (*Imitando.*) "Schüntzl, de las grandes locuras sólo se salvan al hombre las pequeñas tonterías..."

BARÓN.—(*Emocionado.*) Mi padre era un talento.

SCHÜNTZL.—Siempre que frecuentaba sitios donde había mujeres guapas, se iba antes a casa de su amiguita. Y así, aquella estaba asegurado contra toda clase de locuras.

BARÓN.—Yo, desgraciadamente, no puedo imitarle. Todas mis migas están veraneando. (*Pensativo.*) ¡Ah! No me di cuenta cuando entró despacito, sin que yo lo notara, en el despacho; ahora está rondando por aquí... (*Señalando al corazón.*) Hay que tener cuidado, Schüntzl.

OLY.—(*Entrando.*) Buenas noches, barón. Aquí estoy...

SCHÜNTZL.—(*Con la boca abierta.*) ¡Oly!... ¡Usted es bruja! Llegas en el momento justo!

OLY.—(*Enfadada.*) ¿Sí?... Pues llevo esperando en el bar una hora.

BARÓN.—¿Por qué no me envió recado?

OLY.—Eso es lo malo, que dejé recado. (*Intencionada.*) Pero parece, querido barón, que su secretario no creyó conveniente dárselo.

BARÓN.—Eso es imposible.

OLY.—Eso es verdad... ¡Ah, mi pañuelo! (*Le recoge del suelo donde le puso el barón.*)

BARÓN.—Pues sí que es verdad. (*Mirando hacia la habitación de Susana.*) Es extraño, muy extraño... ¿Qué me dice usted, Schüntzl?

SCHÜNTZL.—Que a mí no me sorprende.

BARÓN.—¿Lleva usted los puños de celuloide?

SCHÜNTZL.—Siempre, sí, señor.

BARÓN.—Tome nota: “En lo sucesivo, no emplear ninguna mujer...”

SCHÜNTZL.—(Añadiendo el final.) “...en un despacho.” ¿No era eso?

BARÓN.—Entendido.

SCHÜNTZL.—¿Manda otra cosa?

BARÓN.—Descanse, diviértase, ríase y baile.

SCHÜNTZL.—El señor barón no tiene más que mandar. (Se inclina y sale por la izquierda.) ¡Hummm!...

BARÓN.—Señorita Oly, permítame que la felicite por su excelente idea de venir a visitarme.

OLY.—Gracias. Cuando en Budapest nos separamos, usted me dijo: “Nos encontraremos cuando sea oportuno.” ¿Es oportuno ahora?

BARÓN.—Mucho, sí, señorita.

OLY.—Entonces todo va bien.

BARÓN.—En efecto. (Entregándola el lápiz y el bloque de cuartillas.) Tome nota, señorita.

OLY.—¿Cómo?

BARÓN.—(Paseando.) Ir a su casa, cambiarse de traje, ponerse un discreto vestido de noche, esperarme a las nueve; cena en el café de París, baile, *jazz-band*, bebidas; estar encantada de mí y yo encantado de usted...

OLY.—¡Qué hombre! ¡Hasta estas cosas las dicta, como la correspondencia!

BARÓN.—¿Dónde vive usted?

OLY.—Figúreselo... Aquí, en este hotel.

BARÓN.—Me gusta. Ha sido una idea muy práctica.

OLY.—Y más le gustará saber que tengo el número quince de este piso al final de este mismo pasillo.

BARÓN.—Muy bien. Le agradezco que haya simplificado tanto el asunto.

OLY.—Barón... ¿Y por qué no simplificarle más todavía? Un viajecito... ¿Eh?... Los dos juntos... Biarritz, San Sebastián... o la Riviera. Tres días... ¿Eh?

BARÓN.—No está mal la idea... Una escapada... Oly, es usted una mujer genial.

OLY.—El verano en España o en la Costa Azul es todavía más genial.

BARÓN.—Allí podríamos cantar una canción alegre, juvenil, y sobre todo breve.

OLY.—Un dúo.

BARÓN.—Algo que hiciese olvidar: Wagner, *La Walkyria* y el “Canto de la Primera”. (Tararea.) “¿No ves cómo nos sonríe

primavera? Venció a las tempestades del invierno..." (Dán-
se una palmada en la frente.) ¡San Sebastián, sí! Acaba de
inaugurarse un nuevo hotel, aislado, a la orilla del mar, de gran
fondo. ¿Dónde he visto el prospecto? Sí, ese es nuestro refugio...
(Encuentra, en un bolsillo, el prospecto.) Es un hotel estupen-
do... Mire qué bonitas fotografías... Pero mírelas en su cuarto.
(OLY.—Gracias. (Recalcando las frases y con voz discreta.)
Entonces, a las nueve... Sea usted puntual.

BARÓN.—Seré puntual.

OLY.—Hasta luego. (Sale.)

BARÓN.—¡Susana, Susana!

SUSANA.—(Recelosa.) Mande usted.

BARÓN.—¿Recuerdo mal, o antes le pregunté si me había bus-
cado alguien?

SUSANA.—Sí, señor, me lo preguntó usted.

BARÓN.—Y encontré un pañuelo con un perfume...

SUSANA.—Sí, señor, me acuerdo...

BARÓN.—(Con cortesía severa.) ¿Puedo saber por qué no me
trajo usted el recado?

SUSANA.—(Timida.) Porque esa mujer... me parecía sospe-
chosa.

BARÓN.—(Asombrado.) ¿Cómo?

SUSANA.—Usted me autorizó para despedir las visitas des-
gradables.

BARÓN.—¿Y usted ha incluido a esa señorita entre ellas?

SUSANA.—Perdone usted... Como se trata de una empleada
que usted despidió... Si usted me lo manda la borraré de la
lista. (Saca del cajón la hoja, mostrándosela.) Ya la había
puesto.

BARÓN.—Pero esto, ¿qué es?

SUSANA.—La lista de las personas que no conviene que vea el
señor director.

BARÓN.—A ver... (Lee.) ¡Diablo! Todas son muchachas jó-
venes y bonitas... Amiguitas mías... ¿Y usted cree que estas
son visitas desagradables?

SUSANA.—(Asustada.) Perdone, señor director... Yo...

BARÓN.—Ahora comprendo por qué no he visto en París ni
a una rata... Señorita, usted me tiene bloqueado.

SUSANA.—Pensaba que...

BARÓN.—En lo sucesivo haga el favor de juzgar a mis visi-
tantes desde mi punto de vista y no desde el suyo. Además,
aquí y en cualquier parte tengo que comunicarme con toda
clase de personas; sostener relaciones sociales...

SUSANA.—No sabía que esa señorita perteneciera a las rela-
ciones sociales.

BARÓN.—(Como si dictara.) La buena secretaria es hábil, fácilita, arregla, dispone, ordena, invita, ayuda en todo y no trápide nada.

SUSANA.—(Despechada.) Muy bien. Ya he tomado nota. ¿Quiere que le repita la lección? Dispongo, ordeno, invito, facilito, arreglo...

BARÓN.—Perfectamente. Pues manos a la obra. Tenga la bondad de encargarme un ramo de flores.

SUSANA.—¿Yo?

BARÓN.—Envíelo a la habitación número quince, para la señorita Oly Szues.

SUSANA.—(Herida en el corazón.) ¿Yo? ¿Pero yo?...

BARÓN.—Que esté a las nueve en punto. ¿Lo oye? En punto. Gracias. Hasta la vista. (Sale por la izquierda.)

SUSANA.—(Casi ahogándose.) ¡Flores!... ¡A ella!... ¡Y yo misma!... ¡A eso le llama relaciones sociales! (Coge la hoja de papel, la hace pedazos y amenaza con el puño cerrado hacia el sitio por donde salió el barón.) ¡Pérfido! ¡Infame! ¡Banquero! (Entra JULIO. Susana, sorprendida en su cólera, le pone una cara cómicamente amable.)

JULIO.—Beso sus pies, Susana.

SUSANA.—Llega usted oportunamente. ¿Sabe usted que su papá anda en muy malos pasos?

JULIO.—(Desesperado.) ¡Dios mío, otra vez mi papá! Voy a romper con él para siempre. No puedo aguantarle.

SUSANA.—(Furiosa.) Ni yo. (Amable.) Ni yo.

JULIO.—¿Cómo, también usted está harta de la tiranía de mi papá?

SUSANA.—Estoy hasta aquí (El pelo.)

JULIO.—(Feliz.) ¡Qué alegría! Eso me une a usted como no puede figurárselo!

SUSANA.—¿Que nos une?

JULIO.—Estoy encantado. ¡Por fin encuentro una mujer "antipapá"! Susy, la adoro a usted.

SUSANA.—Y yo a usted. (Siempre agitada, pero amable con el muchacho.)

JULIO.—Sus hombros me hacen estremecer. Sus labios hasta me asustan.

SUSANA.—¿Tan horrible soy?

JULIO.—Tan hermosa es usted. ¿Y esa nuca tan delicada, tan...? (Con arrebatos.) Perdón, pero no puedo contenerme. (La besa en la nuca.)

SUSANA.—(Cayendo desplomada en una butaca.) ¡Ay!

JULIO.—¿Qué?

SUSANA.—¡Otro! ¡Y sin darle la bofetada! ¡A lo que he llegado, Dios mío!

JULIO.—(*Estupefacto.*) ¿Qué dice usted?

SUSANA.—Nada. Bésame otra vez, haga el favor.

JULIO.—Es usted un ángel. (*Vuelve a besarla en la nuca.*)

SUSANA.—(*En igual tono que en la escena con el conde.*) Es curioso. Nada. Tampoco ahora siento nada. Me parece que esto de los besos es un timo.

JULIO.—¿Cómo un timo?

SUSANA.—Sí. Oye una decir que besándose pasa esto y lo otro, y luego... ¡cuentos para chicos! Pero no importa. Gracias por su atrevimiento, Julio. Esta noche he abierto los ojos. Va usted a ver la que armo.

JULIO.—¿A qué se refiere usted?

SUSANA.—A nada. Dígale al conde que termine de vestirse de una vez. Usted vendrá con nosotros, ¿verdad?

JULIO.—Con muchísimo gusto,

SUSANA.—¡Pues aprisa, aprisa!

JULIO.—Ya sé que con usted hay que hacerlo todo a escape.

SUSANA.—Sí. Es la manera de vencer. Vámonos.

JULIO.—¿Adónde?

SUSANA.—¡Yo que sé! Oiga, ¿sale mañana por la mañana algún tren para Budapest?

JULIO.—¿Por qué quiere saberlo?

SUSANA.—Porque es posible que su padre me eche a la calle. Pero no importa. No hay que ser cobarde ni débil. ¡Atrévete, Susana! Y me atrevo, vaya si me atrevo. Esta noche a las nueve aquí no hay cita ni hay nada. ¿Lo oye usted?

JULIO.—Lo oigo, pero no comprendo ni una palabra.

SUSANA.—Obedezca. Abajo, en el salón, están la mitad de París y la otra mitad de Budapest. Quieren ver al barón. Baje usted y dígales que a las nueve les recibirá a todos, que suenan, que les invita a cenar. Avise para que preparen la mesa. No menos veinte cubiertos.

JULIO.—¿Pero qué pretende usted hacer?

SUSANA.—Pretendo que su papá reanude todas sus relaciones sociales. A las nueve.

JULIO.—A las nueve. (*Como un eco.*)

SUSANA.—(*Impetuosa.*) Esta es la organización del Banco. Se aprieta un botón y todo se pone en movimiento.

JULIO.—¡Ya se ha desencadenado el huracán!

SUSANA.—¡Váyase de una vez! ¡Obedezca! (*Julio sale dis-
trahido. Susana llama por teléfono.*) ¡Halló! S'il vous plait,
madame. Chambre, número quince. Hallé. ¿Es la señorita Oly-
zues? Aquí la secretaria del barón Tomás Ulrico. El señor
barón lo siente muchísimo, pero esta noche no puede cenar
con usted. Sí, sí, bien, baje sola. Buenas noches. (*Cuelga el*

auricular.) Así. Valor, atrevimiento. ¡Atrevimiento, Susana! (Va al armario y se sirve.) Medio vaso de vermut con unas gotas de bitter. (Bebe decidida.) Y ahora venga lo que viene. (Entra el BARÓN, de frac.)

BARÓN.—Suzy, ¿ha enviado usted las flores?

SUSANA.—Ni las he enviado ni pienso enviarlas.

BARÓN.—(Asombrado.) ¿Cómo?

SUSANA.—No tengo obligación de cumplir órdenes que no son propias de mi cargo.

BARÓN.—Es increíble. ¿Dónde le han dicho a usted eso?

SUSANA.—En la escuela. Allí me enseñaron taquigrafía, mecanografía y correspondencia; pero no a enviar flores a las amigas de mis jefes.

BARÓN.—¡Es usted mi secretaria particular!

SUSANA.—Pero sus asuntos personales no son de mi incumbencia. Si el señor director estima que estoy equivocada, tengo el honor de presentarle mi dimisión. Prefiero volverme a Budapest a pasar hambre.

BARÓN.—Señorita, no sé qué decirle. No salgo de mi asombro.

SUSANA.—Más asombrada estoy yo al ver que el señor director, que es un barón, un hombre de mundo, un caballero intachable, comete el error de mandarme que le envíe flores a una mujer. Humilla a la trabajadora ante la holganza y... (Cae llorando.)

BARÓN.—¿Y...?

SUSANA.—No puedo obedecerle; no puedo faltar a mis principios. Si no tuviera principios sería a mí a quien enviarían flores.

BARÓN.—¡Ah, vamos! Ahora se ha quitado usted la careta. Mientras escribe a máquina sueña con que la manden ramilletes. Eso significa algo.

SUSANA.—Tengo derecho a soñar, como todo el mundo; pero mis sueños son normales, no tienen nada de fantásticos. Yo sueño según mi presupuesto. Sueño con lo que tengo derecho a tener.

BARÓN.—¿Y qué es?

SUSANA.—Un poco de felicidad y un rayo de sol. Con eso me basta de momento.

BARÓN.—¡Ah, de momento! ¿Y luego?

SUSANA.—Lo demás puede que llegue algún día.

BARÓN.—¡Basta!... Este asunto de las flores hay que arreglarlo de otra manera. ¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(Entra.) Mande, señor director.

BARÓN.—Encargue treinta rosas blancas.

SCHÜNTZL.—¿A quién se las envío?

BARÓN.—A la señorita Susana Nagy.

SCHÜNTZL.—¡Diablo!

BARÓN.—¿Qué decía?

SCHÜNTZL.—Nada, señor director. Decía ¡diablo!

BARÓN.—Silencio y aprisa. (*Sale Schüntzl.*)

SUSANA.—(*Sincera, palmoteando.*) ¡Qué bien me ha salido!

BARÓN.—¿A qué se refiere usted?

SUSANA.—A nada, señor director. Estoy tan contenta, soy tan chosa que quisiera ponerme a saltar. (*Salta, brinca.*)

BARÓN.—¿Cómo le brillan los ojos! Esa mirada la tenía usted
ra vez...

SUSANA.—¿Cuándo?

BARÓN.—En la estación del Oeste, en Budapest, al arrancar
rápido de París...

SUSANA.—Sí, entonces empezó...

BARÓN.—¿Qué?

SUSANA.—Empezó para mí la vida. No cerré los ojos en el
soche-cama. Y eso que probé la de arriba y la de abajo. Los
obres tenemos que aprovechar todo lo bueno, por si no vuelve.

BARÓN.—Es verdad.

SUSANA.—Al día siguiente, ¡qué de sensaciones nuevas! El
primer almuerzo en el vagón-restaurante. (*Casi cantando.*)
Empezar en Austria el filete empanado y terminarlo en Sui-
a!... ¡Yo, que en Budapest no podía ni comprarle!... ¡Y los
lps! ¡Y los lagos azules!... ¡La vida está llena de mara-
illas!

BARÓN.—También está lleno de maravillas el corazón del
ombre, Susana.

SUSANA.—Empiezo a adivinarlas. (*Con radiante júbilo.*) ¡La
da corre más veloz que el mejor expreso! (*Corre al foro
abre la ventana.*) ¡Todo el estío entra por la ventana! ¡Yo,
ue soy del peor arrabal de Budapest, esta noche domino Pa-
s! (*Se oyen los rumores de la ciudad y la música del bar
el hotel. Entran el CONDE y JULIO, de etiqueta.*)

CONDE.—¿Estamos, Susy?

JULIO.—Cuando quiera podemos salir.

SUSANA.—Vámonos, vámonos, amiguitos.

SCHÜNTZL.—(*Entra por la derecha con el ramo.*) ¡Las flores!

SUSANA.—Son magníficas. Gracias. (*Irónica, al barón.*) Pero
iese prisa!... Son las nueve. ¡Va usted a llegar tarde a
cita!

BARÓN.—No voy...

SUSANA.—Pero ¿cómo?

BARÓN.—Schüntzl, llame por teléfono al cuarto número quince

y diga que la entrevista de esta noche se aplaza, por acontecimientos inesperados.

SUSANA.—(*Triunfante y un poco sarcástica.*) No se moleste. Ya he telefonado yo.

BARÓN.—¿Usted?... ¡Pero si no se lo había ordenado!...

SUSANA.—(*Se inclina cortésmente.*) Una buena secretaria adivina los pensamientos de su jefe.

BARÓN.—¡Muy bien, muy oportuna la réplica! Esperadme que voy con vosotros.

SUSANA.—¡Cuánto nos agradecería!... Pero es imposible.

BARÓN.—¿Imposible?... ¿Por qué?

JUAN.—(*Aparece en la puerta y anuncia.*) Señor director, los primeros invitados acaban de llegar. (*Desaparece por la puerta del comedor particular.*)

BARÓN.—(*Asombrado.*) ¿Invitados?... ¿Qué invitados? ¿Quién les ha invitado? ¿Para qué?

SUSANA.—El señor director tiene que comunicarse con toda clase de personas, sostener relaciones sociales...

JUAN.—(*Entra y anuncia.*) Monsieur Renardel, el señor Egon Tarchai, mister Shvanta; monsieur Pichón, diputado...

SUSANA.—¡Es un verdadero éxito!

JUAN.—Monsieur Boteille. (*En el comedor aparecen algunos señores, de frac, y camareros.*)

BARÓN.—(*Furioso.*) Dígales que en seguida les recibo. (*Salen Juan.*) ¡Infame, más que infame!... ¡Me dan ganas de ahogarla a usted!... ¿Por qué ha armado usted todo este lío?

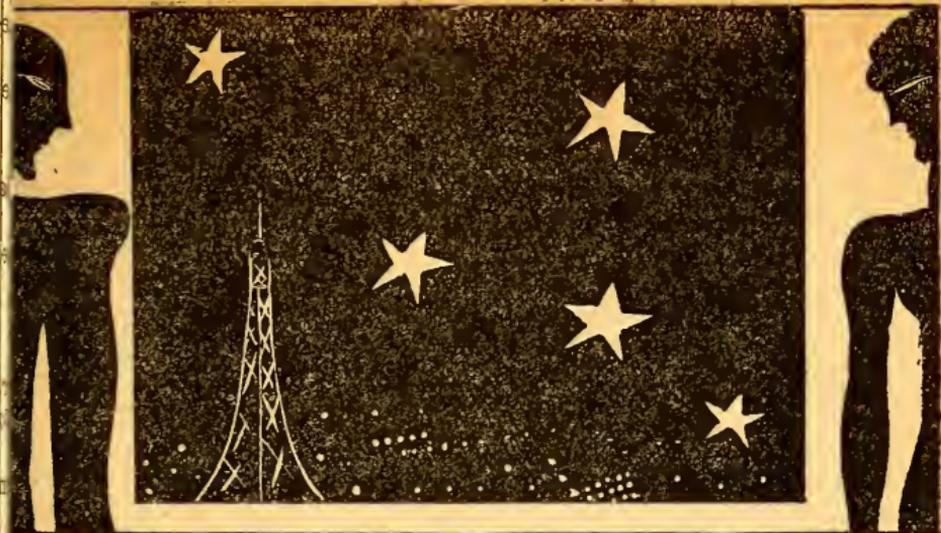
SUSANA.—Por nada, señor director. (*Dulcemente, sintiéndose se feliz.*) Dios nos concede a las muchachas pobres un momentito de dominio y de triunfo... Ya ve usted: es de noche, el automóvil está a la puerta... Tengo tres amigos pendientes de mí: un conde, un barón y su primogénito... Me llevan a bailar, a beber champán, a divertirme... Otras mujeres, para conseguir eso, han de caer, han de ser malas, y yo hasta me permito el lujo de ser honrada... (*Va al foro, donde el conde y Julio la ayudan a ponerse la capa.*)

BARÓN.—¡Oh!...

CONDE y JULIO.—¡Vamos, vamos!

(*Jubilosa, echa casi a correr, del brazo del conde y de Julio. El barón se queda mirándola, embobado.*)

T E L O N



ACTO TERCERO

El mismo saloncito del acto segundo, unas cuantas horas después, hacia las tres de la madrugada. La escena está a oscuras. Al final del acto, por la ventana se insinuará la aurora. A la ventana está asomado el Barón, en batín. Entra SCHÜNTZL ligeramente embriagado, tarareando una canción. Va hacia su cuarto, pero se detiene a mitad de camino; hace cuentas y anota algo en los puños de celuloide.

SCHÜNTZL.—Un franco..., tres francos..., ocho francos...

BARÓN.—¿Ya ha llegado usted, Schüntzl?

SCHÜNTZL.—(*Enciende la luz eléctrica.*) Con su permiso...
(*Sigue haciendo cuentas.*)

BARÓN.—¿Qué anota usted?

SCHÜNTZL.—Los gastos. Yo soy un hombre muy ordenado. Después de cada calaverada necesito saber el dispendio total. (*Hace cálculos.*) Comida, doce cincuenta. Entrada al Folies Bergères, cinco. Trescientos francos...

BARÓN.—¡Caramba!... ¿Qué le ha costado a usted trescientos francos?

SCHÜNTZL.—El champán.

BARÓN.—¡Es carísimo!

SCHÜNTZL.—Es que está incluida la señorita que bebía conmigo.

BARÓN.—¡Ah!, ¿de modo que ha hecho usted una conquista?

SCHÜNTZL.—No, señor. Ha sido ella la que me ha conquistado a mí.

BARÓN.—¡Pero, Schüntzl!

SCHÜNTZL.—Sí, señor barón. Hoy sólo los hombres feos tienen éxito en París. A las mujeres les dan miedo los muchachos guapos. ¿No ha leído en los periódicos que un chico norteamericano le dió ayer un mordisco a su amiguita y la arrancó una oreja?

BARÓN.—¡Qué cosa más horrible!

SCHÜNTZL.—Lo más horrible es que los pendientes estaban en la oreja... Ya comprenderá usted a lo que se dedican los muchachos guapos.

BARÓN.—En cambio, usted...

SCHÜNTZL.—La pobrecilla de esta noche se apretaba contra mí y me decía: "Te adoro, te adoro, ¿sabes por qué? Porque no eres nada peligroso."

BARÓN.—No sé si felicitarle.

SCHÜNTZL.—Soy un hombre de esta época, en que el amor también se ha hecho burgués... Cinco y cuatro, nueve, y una, diez, y llevo una... *(Sigue haciendo la cuenta en el puño aludido.)* Total, cuatrocientos noventa francos. No es caro. Porque están incluidos varios juramentos de fidelidad eterna y de "Tú eres el único hombre que he querido".

BARÓN.—Al contrario. Es baratísimo.

SCHÜNTZL.—Y el señor director, ¿se divirtió?

BARÓN.—¿Yo?... ¡Ni siquiera he salido del hotel!...

SCHÜNTZL.—Y ¿se ha pasado la noche aquí?

BARÓN.—Aquí, solito.

SCHÜNTZL.—¿Y Susy?

BARÓN.—Todavía no ha regresado. *(Un poco emocionado.)* No volverá lo menos hasta las ocho de la mañana. ¡Es su primera salida al mundo y a las diversiones!... *(Vuelve a asomarse a la ventana.)*

SCHÜNTZL.—Se me ocurre que todas las noches, absolutamente todas, se terminan en cuanto amanece.

BARÓN.—Pues esta noche dura más que ninguna. No puedo dormir, Schüntzl.

SCHÜNTZL.—Se me ocurre que las personas que duermen mejor son las que debían estar despiertas; por ejemplo: los médicos de las casas de socorro, los guardias, los bomberos... *(Tararea. Llamam a la puerta con golpes discretos.)*

BARÓN.—¿Quién será? ¡Entre! *(Se levanta y da toda la luz a la habitación. Entre las hojas de la puerta de la derecha asoma la cabecita rubia de OLY.)*

OLY.—Soy yo.

BARÓN.—¡Oly!

SCHÜNTZL.—¡Oportuna! ¡Siempre oportuna!

OLY.—¿Puedo entrar?

BARÓN.—Con muchísimo gusto. Adelante.

OLY.—Dispéñseme esta visita tan intempestiva. Pasaba hacia mi cuarto, vi luz, y me dije: "Voy a entrar; está desierto."

SCHÜNTZL.—Señorita, usted ha estudiado Lógica.

OLY.—¿Yo?

SCHÜNTZL.—Naturalmente. Una mujer va por el pasillo de un hotel y ve luz en el cuarto de un hombre... ¿Qué es lo que debe hacer lógicamente? Entrar. Usted ha estudiado Lógica.

BARÓN.—Querido Schüntzl, su ingenio no nos hace ahora gracia.

SCHÜNTZL.—Señor director, no era yo el ingenioso; era el champán. Pero no volverá a suceder. Doy la vuelta a la corbata. (*Lo hace.*) y la mariposa queda transformada en el empleado del Banco. Adiós, lado encarnado. (*Se inclina ante el barón.*) Señor director, enhorabuena. (*Se va a su cuarto.*)

BARÓN.—Su visita no deja de sorprenderme.

OLY.—Tenía que darle las gracias por haberme dejado plantada. Estaba ya en el baño cuando su secretaria me llamó por teléfono para decirme que no podía usted cenar conmigo.

BARÓN.—Mi secretaria, mi secretaria... ¡Hum!

OLY.—Salté furiosa de la bañera para venir a protestar; pero me fijé en que, tal como estaba, no era posible. Me vestí y al terminar de vestirme ya se me había pasado la ira. Bueno—pensé—, él se lo pierde; porque yo si no tengo cena financiera tendré cena diplomática.

BARÓN.—¿Quién fué el feliz comensal?

OLY.—Un italiano, joven y guapo, que está en negociaciones con los franceses. Con Francia no se entendió, pero pactó conmigo.

BARÓN.—¿Pactaron ustedes?

OLY.—El lo llama Pacto de amistad bilateral. Yo no sé lo que es; pero para mí no es nada... Nada absolutamente... Yo no aspiro más que a ser una mujercita adorada y a vivir bien en Budapest. No querría salir de Budapest.

BARÓN.—Tiene usted razón. En Hungría hay tan pocos habitantes que no debemos permitir que se vayan al extranjero los que tienen talento.

OLY.—(*Alegre.*) ¿De veras? ¿Usted cree que yo tengo talento?

BARÓN.—Muchísimo.

OLY.—Entonces... ¿por qué no me deja que se lo demuestre? (*Enfadada.*) Empiezo a creer que está usted enamorado.

BARÓN.—(*Agresivo.*) ¡Valiente tontería!

OLY.—Si no es así, ¿por qué retrocede ante un asunto tan

pequeño, usted que arregla en un minuto los asuntos más grandes?

BARÓN.—¿A qué llama usted un asunto pequeño?

OLY.—Me lo llamo a mí misma. En secreto: sé que no soy más que una mujer como tantas otras, algo bonita, algo amable, algo distraída...

BARÓN.—¡Ah! ¿Es usted distraída?

OLY.—Hay noches en que se me olvida cerrar por dentro la puerta de mi cuarto.

BARÓN.—Querida Oly: en la vida hay situaciones en que todas las puertas se nos cierran. Consuela saber que, por lo menos, una permanece de par en par.

OLY.—¿Entonces?...

BARÓN.—Continúe siendo tan distraída. Cuando una puerta está siempre abierta, acaba por entrar alguien: o un ladrón o el director de un Banco...

OLY.—Preferiría que fuese el director... *(Dulcemente.)* Hasta la vista.

BARÓN.—Buenas noches, querida Oly.

OLY.—*(Desde la puerta.)* Veinte pasos a la derecha. Espero que será usted discreto.

BARÓN.—Le doy mi palabra.

OLY.—*(Defraudada.)* ¡Qué lástima!... Me voy a ver obligada a divulgarlo yo misma... No concibo tener relaciones en secreto. No saben a nada. Hasta la vista, querido amigo. *(Sale.)*

BARÓN.—*(Después de un instante de indecisión, llama enérgicamente a la puerta de Schüntzl.)* ¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—*(Aparece medio dormido, abrochándose una bata.)* Mande, señor director.

BARÓN.—Dispense. ¿Le he despertado?

SCHÜNTZL.—Acababa de dormirme en este momento.

BARÓN.—¿Cuánto lo siento! No quería preguntarle más que una cosa: Usted conoció a mi padre, ¿verdad?

SCHÜNTZL.—*(Adormilado, como un autómatas.)* Llevaba patillas, fumaba puros de Virginia...

BARÓN.—*(Enfadado.)* Sí, sí... Dígame. Mi padre, ¿no falló nunca?

SCHÜNTZL.—¿Cómo?

BARÓN.—Quiero decir, si no le salió mal alguna vez su teoría de que para librarse de las grandes locuras había que refugiarse en las pequeñas tonterías. Porque a veces no es posible hacerlo, ¿comprende? Aunque uno quiera a toda costa, no puede... ¿Me oye? Está usted dormido.

SCHÜNTZL.—*(Con los ojos cerrados.)* No, señor. Estoy despierto.

BARÓN.—(*Le abraza fuertemente.*) ¡Si usted supiera, Schüntzl!

SCHÜNTZL.—¿Qué?

BARÓN.—Nada. Váyase a acostar.

SCHÜNTZL.—No entiendo una palabra. El señor director me esperta, me abraza y me manda a acostar. No lo entiendo. (*Se encoge de hombros.*) Buenas noches... (*Entra en su cuarto. El barón se pasea nervioso. En uno de sus paseos, coge los parguitos, los contempla y los arroja con ira encima de la máquina de escribir. Entra el CONDE.*)

CONDE.—Buenas, amiguito.

BARÓN.—(*Sorprendido.*) ¿Pero vienes solo?

CONDE.—Solo.

BARÓN.—¿Y Susana?

CONDE.—No sé; corría delante... Me quedé atrás...

BARÓN.—¿Qué dices?

CONDE.—No pude seguirla. Iba a un ritmo demasiado acelerado, y aunque yo tengo el corazón joven...

BARÓN.—¿Harás el favor de explicarte con más claridad?

CONDE.—Con mucho gusto. Realmente la chiquilla es encantadora. A eso de media noche llegamos al Bois de Boulogne, un bar al aire libre. ¡Diablo de muchacha! Bebia champán como agua.

BARÓN.—¿Y luego?

CONDE.—Nos pronunció un discurso: "Señores: La noche es magnífica. Les propongo una carrera para estirar las piernas. Ver quién llega antes al final del paseo. Se ofrecen premios a discreción." Y echó a volar como un hada. Naturalmente, para mí una tragedia. (*Suspirando.*) No basta que el corazón sea joven. También han de ser jóvenes las piernas. La niña desapareció; Julio, detrás..., y yo..., yo tuve que tomarme una tacita de tila.

BARÓN.—¿Pero donde están esos chicos?

CONDE.—Tres horas me he pasado buscándoles. Pero en vano.

BARÓN.—¿No te das cuenta? ¿No comprendes? Una muchacha y un muchacho que desaparecen juntos... ¿Dónde se ha hecho semejante cosa?

CONDE.—En ninguna parte. No hay ejemplo en la historia que dos jóvenes hayan ido nunca juntos.

BARÓN.—¿Es que te burlas de mí?

CONDE.—¡Animal! Tienen derecho a quererse. Están en edad.

BARÓN.—El hombre moderno no tiene edad.

CONDE.—Lo mismo decía yo en el auto, cuando íbamos al Bois. (*Entusiasmado.*) ¿No sabes? En un bache su rostro rozó

el mío... Fué maravilloso... Yo pensaba: ¡Ay! ¡Si esta muchachita resultase una aventura para mí!

BARÓN.—¡Muy bonito!

CONDE.—Vino otro bache...

BARÓN.—¿Y también?...

CONDE.—También. Su rostro volvió a rozar mi mejilla. Entonces pensé que Susana no era una aventurera; que lo mejor sería proponerla unas relaciones formales. Por fortuna, en París cuidan mucho del pavimento. De lo contrario, en el tercer bache la hubiera pedido en matrimonio.

BARÓN.—(*Indignado.*) ¡Infeliz! ¿Cómo te atreves ni siquiera a pensar casarte con ella?

CONDE.—No está prohibido hacerse ilusiones.

BARÓN.—Mientras nosotros perdemos el tiempo, Susy y Julio... Estoy aterrado.

CONDE.—Y yo...

BARÓN.—Afortunadamente, mi hijo es honrado; es un caballero... No me atrevo a pensar de él que...

CONDE.—(*Irónico.*) ¿Pero tú por quién estás inquieto? ¿Por tu hijo o por tu secretaria?

BARÓN.—(*Furioso.*) ¡Esa pregunta es una idiotez!

(*Entra, jadeante, JULIO.*)

JULIO.—¡Papá!... ¡Papá!...

BARÓN.—¿Qué? ¿Qué sucede?... ¿También tú te quedaste atrás?

JULIO.—No pude alcanzarla. Desapareció al final del paseo. Tres horas buscándola en vano.

BARÓN.—¿No has vuelto a verla desde que echó a correr?

JULIO.—(*Desesperado.*) ¡No!

BARÓN.—(*Alegre, palmoteando.*) ¡Magnífico, magnífico!

JULIO.—(*Atontado.*) ¿Qué es magnífico?

BARÓN.—(*Radiante.*) ¡Espléndido, colosal!

JULIO.—Pero... ¿qué te pasa? Se me pierde en París una muchacha inocente; se me pierde de noche; se me pierde como un paraguas... ¿Y eso es colosal, espléndido y magnífico?

CONDE.—Querido Julio, no pasa nada malo cuando se le pierde a uno una señorita; lo malo empieza a pasar cuando alguien se la encuentra.

JULIO.—Pues yo la encontraré. No me acuesto sin dar con ella. (*Emocionado.*) Papá, cuando íbamos en el auto, al saltar un bache, su rostro rozó con el mío... ¡y yo pensé!...

BARÓN.—(*Al conde.*) Ya sé lo que pensaste y también lo que se te ocurrió en el segundo bache.

JULIO.—En el segundo...

BARÓN.—No sigas... Afortunadamente, el pavimento de París está bien cuidado y no llegó el tercer bache.

JULIO.—A mí me bastaron con dos. Papá, te declaro seriamente...

BARÓN.—¡Ni una palabra! (*Gritando.*) ¿Podemos los hombres presumir de fuertes cuando viene un bache o dos y perdemos la cabeza? Marchaos a buscar a Susana... Traedla aquí... Lo demás, lo arreglaré yo.

JULIO.—¿Qué piensas hacer?

BARÓN.—Algo que no sospechas. Todavía es de noche y a mí de noche es cuando se me ocurren las ideas geniales.

CONDE.—Yo, por la noche, no soy nada original. Prefiero dormir. Adiós.

JULIO.—Dame un beso, papá. Y confío en ti. ¡Resuelves tan bien y tan pronto todas las cosas! (*Se van a sus habitaciones.*)

BARÓN.—¿Dónde estará? ¿Pero dónde estará? (*Al ir a su cuarto, despojándose del batín para ponerse la americana y salir a buscarla, suena el teléfono.*) Diga... ¿Oly?... ¿Es usted?... ¿Qué?... ¿Qué me espere?... ¿Qué la diga lo que debe hacer?... Lea algo... Algo ligero y divertido... *Los miserables*, de Víctor Hugo... (*Cuelga el auricular y va a su cuarto. La puerta del de Susana se abre con la misma lentitud y silencio con que, en el primer acto, se abrió la del despacho del banquero. Del mismo modo entra SUSANA, sin ser sentida, como un cauto ratoncillo.*)

SUSANA.—Buenas noches..

BARÓN.—(*Con la misma sorpresa con que notó la presencia de Susana en el acto primero.*) ¿Usted? ¿Es usted?... ¡Y estaba en su cuarto!...

SUSANA.—Desde media noche.

BARÓN.—Pero... ¿cómo ha entrado?

SUSANA.—Por la puerta.

BARÓN.—Ninguno la hemos sentido.

SUSANA.—Entrar así, sin meter ruido, callandito, es mi especialidad. ¿Ya no se acuerda el señor director de mi primera visita?

BARÓN.—En efecto; se me apareció usted como un fantasma, igual que ahora.

SUSANA.—Sólo que entonces tenía más miedo.

BARÓN.—Los tiempos cambian, Susana. Ahora el que tiene miedo soy yo.

SUSANA.—¿Usted? No lo comprendo.

BARÓN.—Mejor... Y vamos a cuentas... Mientras sus amigos se desvivían buscándola, usted se estaba tranquilamente en su cuarto...

SUSANA.—Sí; he estado escribiendo a mamá.

BARÓN.—¿Acerca de qué?

SUSANA.—Quería contarla todo lo que me ha sucedido, tan dulce y tan extraño... Señor director, París me da miedo.

BARÓN.—La sucede a usted lo que a mí.

SUSANA.—¡Estas mujeres de París!... ¡Cómo la incitan a una a seguir el oficio de ser mujer nada más!

BARÓN.—Es el mejor de todos. Y éstas le cultivan hace miles de años.

SUSANA.—Con éxito, ¿verdad?

BARÓN.—Con el mayor de los éxitos.

SUSANA.—Que ser mujer constituya una profesión, es consolador para nosotras.

BARÓN.—(Con reproche.) ¡Susana!

SUSANA.—(Asustada.) ¿He dicho una tontería? Perdóneme usted. El champán se me ha subido un poco a la cabeza. Y usted tiene la culpa de que yo piense así. Me ha quitado usted los manguitos, me ha libertado: el ansia de vida ha vuelto a apoderarse de mí.

BARÓN.—¿Usted asustada? No...

SUSANA.—¡Qué cosas se ven en el Bois, por la noche!... ¡Esos bancos con esas parejas!... Vine a casa a escape, sin aliento... Bañe, champán, claro de luna, todo eso se puede soportar... ¡Pero tanto amor!...

BARÓN.—"Amor"... Es la primera vez que pronuncia usted esa palabra.

SUSANA.—Porque hasta ahora, para mí, la más importante era "comer". Quien tiene hambre, no piensa en otra cosa. Cuando yo me comí el primer pollo, noté que tenía otro concepto de la vida.

BARÓN.—¡Ha dicho usted una gran verdad, sin saberlo!

SUSANA.—La vida es una serie de escaparates, delante de los cuales se va uno deteniendo. Yo empecé con los de comestibles. Ahora estoy viendo uno mucho más bonito.

BARÓN.—¿Cuál es?

SUSANA.—El escaparate del placer. Miro cómo pasan los automóviles de marca... Dentro van parejas felices: él, un traje de etiqueta; ella, descotada, cubierta de joyas...

BARÓN.—¿Y qué se le ocurre a usted contemplando todo eso?

SUSANA.—¡Que no le basta a una con mirar! ¡Que no se disfruta de nada por mucho tiempo que se esté embobada ante el escaparate!

BARÓN.—Encuentro en usted una expresión que no tenía... En sus ojos leo dulces promesas...

SUSANA.—Esta noche está mi corazón lleno de esperanza. No sé qué me pasa... Me ha invadido una embriaguez extraña y hermosa...

BARÓN.—(*Con fuego.*) Yo también siento nacer en mí un impulso joven, irresistible. Una muchachita viene de lejos, está junto a mí; dentro de un instante será más fuerte que yo...

SUSANA.—Más fuerte, no; más débil...

BARÓN.—Fatalmente ha de suceder algo bello, hermoso, salvaje...

SUSANA.—(*Casi desmayada en sus brazos.*) ¿Ha de suceder fatalmente?...

BARÓN.—Es el borde del precipicio. Sólo un gesto, un paso una palabra... y...

SUSANA.—(*En voz baja, animándose.*) Es el momento... ¡Atrévete, Susana!...

BARÓN.—(*Con pasión, gritando.*) ¡Señorita!

SUSANA.—(*En igual tono.*) ¡Señor director!

BARÓN.—¿Desde cuándo está usted en el Banco?

SUSANA.—Desde hace seis semanas.

BARÓN.—¿Qué sueldo tiene usted?

SUSANA.—Trescientos al mes.

BARÓN.—Gracias. Mañana por la mañana sale usted para Budapest.

SUSANA.—¿Yo?

BARÓN.—En Budapest se presenta usted al jefe del personal.

SUSANA.—¿Qué significa esto?

BARÓN.—Señorita, aun reconociendo que sus servicios son excelentes, queda usted despedida con seis sueldos de indemnización. (*Se va enérgicamente a su cuarto.*)

SUSANA.—(*Después de un instante de atontamiento se echa a llorar en silencio.*) ¡Dios mío!... ¿Qué le habrá sucedido?... ¡Me ha echado!... ¡Me ha echado!... (*Va a la puerta de Schüntzl y llama fuertemente.*) ¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(*Aparece aturdido, poniéndose una americana encima del pijama y con la toalla a modo de bufanda.*) ¿Qué desea usted?

SUSANA.—Perdone. ¿Le he despertado?

SCHÜNTZL.—Ahora mismo me había dormido.

SUSANA.—¿Cuánto lo siento! Quería decirle solamente que ya no volveré a ver su cara, tan noble y tan poco expresiva.

SCHÜNTZL.—(*Admirado.*) Sí.

SUSANA.—¿Me oye? Está usted dormido.

SCHÜNTZL.—(*Con los ojos cerrados.*) No, señorita. Estoy despierto.

SUSANA.—(*Abrazándole fuertemente.*) ¡Si usted supiera, Schüntzl!

SCHÜNTZL.—¿Qué?

SUSANA.—Nada. Vaya y acuéstese.

SCHÜNTZL.—¿Y para eso me ha despertado?

SUSANA.—Para eso.

SCHÜNTZL.—No comprendo ni una palabra. Me despiertan, me abrazan y me mandan a acostar. Buenas noches... (*Entra en su cuarto.*)

SUSANA.—(*Suspirando.*) Vamos a hacer las maletas.

(*Entran el CONDE y JULIO precipitadamente.*)

JULIO.—(*Triunfante.*) ¡Ya decía yo que debía estar aquí! ¡Al fin la hemos atrapado!

CONDE.—(*Con dulce reproche.*) ¿Cómo nos ha hecho usted esa jugarreta?

SUSANA.—(*Con sonrisa amarga.*) Tiene usted razón. No he debido burlarme de ustedes. Ni siquiera les he dado las gracias por la hermosa noche que me han proporcionado. Pero antes de separarnos para siempre...

CONDE.—¿Cómo? ¿Qué le ha ocurrido?

JULIO.—Díganos, por favor...

SUSANA.—Nada importante. Ustedes han sido muy buenos conmigo, y muy amables. Usted, Julio, me miraba tan melancólico esta noche que me daba risa. Y usted, conde, acariciaba mis guantes con tanta delicadeza, que yo hacía como que no me enteraba. Esas miradas y esas caricias las conservaré siempre como recuerdo.

JULIO.—Habla usted como si se despidiera, como si se marchara.

SUSANA.—Sí; es que me voy.

CONDE.—¿Y no la veremos más? Ahora que nos habíamos hecho tan amigos...

SUSANA.—Será difícil que nos encontremos de nuevo... Les prometo que pensaré mucho en ustedes. Al fin y al cabo, con ustedes he dado los primeros pasos y eso tengo que agradecerse...

JULIO.—¿Con qué nos lo va a agradecer?

SUSANA.—Con lo que los dos me pidieron en secreto. (*Susana está entre ellos. Ofrece su mejilla izquierda.*) Conde...; pero delicadamente.

CONDE.—Adorable... (*Con gran finura la besa*)

SUSANA.—(*Ofrece su mejilla derecha.*) Julio...; pero "comme il faut".

JULIO.—Hechicera... (*La besa.*)

SUSANA.—(*Con lágrimas en los ojos.*) Y ahora, adiós, amigos míos...

CONDE.—Pero no lo comprendo...

JULIO.—Ni yo.

SUSANA.—Ni yo. Cuanto más lo pienso, lo entiendo menos... (*Suena el teléfono. Le atiende.*) Diga... ¡Ah! ¿Es usted, seño-

rita? Sí; venga a escape... Será usted muy bien recibida. (*Cuelga el auricular.*) La última comunicación... Y ahora, buenas noches. (*Entra en su habitación, abrumada.*)

CONDE.—¿Tú entiendes algo?

JULIO.—Papá, siguiendo sus procedimientos con todas sus secretarias... Temo comprenderlo todo.

CONDE.—¡Ah, necio de mí!... Y yo que he creído un instante que la había enamorado.

JULIO.—¿A que sé cuándo fué?

CONDE.—¿Cuándo?

JULIO.—Fué el mismo instante en que yo creí que se había enamorado de mí. Abrázame.

CONDE.—Hermano... Nos une la misma desgracia.

JULIO.—Las mujeres se dejan caer a la derecha, le rozan a uno la mejilla...

CONDE.—O le rozan la mejilla inclinándose a la izquierda...

JULIO.—Pero ellas miran fijas adelante; van rectas a lo suyo. Quizás sea ella la que ha decidido a papá.

CONDE.—Somos unos borricos. Siempre nos engañan. Y todo por no retirarse a tiempo. ¡Retirarse! ¡Ah, quién pudiera hacerlo! ¡Es tan hermosa una retirada elegante! ¡Y la vida ofrece tantas compensaciones!... Un buen puro, después de la comida... Café turco... La partida de ajedrez, en el Casino... Paseos... Sol... Un señor de cierta edad, como yo, no debe pedir más. (*Se conmueve.*) ¡Pobrecita! Yo creí que no era como las otras. (*Sale.*)

JULIO.—(*Muy triste.*) Y ahora, ¿qué hago yo? (*Después de titubear un instante, va hacia la habitación de Schüntzl y llama violentamente a la puerta.*) ¡Schüntzl! ¡Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(*Aparece envuelto en una manta y con el sombrero puesto.*) Mande usted.

JULIO.—Perdone. ¿Le he despertado?

SCHÜNTZL.—Acababa de dormirme en este momento.

JULIO.—¿Cuánto lo siento! No quería decirle más que soy muy desgraciado.

SCHÜNTZL.—(*Con los ojos cerrados.*) Bueno.

JULIO.—¿Me oye? Está usted dormido.

SCHÜNTZL.—No, señor. Estoy despierto.

JULIO.—(*Abrazándole fuertemente.*) ¡Si usted supiera, Schüntzl!

SCHÜNTZL.—(*Abriendo los ojos.*) ¿Qué?

JULIO.—Nada. Vaya y acuéstese.

SCHÜNTZL.—¿Y para eso me ha despertado?

JULIO.—Para eso.

SCHÜNTZL.—Me despiertan, me abrazan, me mandan a dormir. Así ejecutan en China a los criminales.

JULIO.—¿Qué dice usted?

SCHÜNTZL.—Sí, señor. Esperan a que se duerman y los despiertan. Se vuelven a dormir y los vuelven a despertar. Hasta que se mueren. Adiós.

JULIO.—¿También usted me abandona?

SCHÜNTZL.—Yo no tengo que ver con las complicaciones psicológicas de ustedes. Yo no soy chino. Beso su mano, caballero. (*Entra en su cuarto, bostezando. Entra OLY, por la derecha.*)

OLY.—Buenas noches.

JULIO.—Señorita Oly, llega usted en el preciso momento en que es necesaria.

OLY.—(*Desencantada.*) ¡Ah! ¿Pero es usted el que me ha llamado? Creí que era su papá.

JULIO.—(*Desesperado.*) ¡Ya salió mí papá! ¡Dichoso papá! ¡Me está volviendo loco!

OLY.—¿Qué le pasa?

JULIO.—Le suplico que no me nombre a papá. Mi papá es grande, es genial... Pero ni usted ni yo podemos esperar nada de él.

OLY.—¿Yo tampoco?

JULIO.—Tampoco. Venga. Vámonos a escape.

OLY.—¿Adónde?

JULIO.—Oly, no sea usted ingenua. Los dos somos jóvenes; los dos somos dueños de nuestros actos... Todavía es de noche.

OLY.—No le entiendo ni una palabra.

JULIO.—(*Apasionado.*) No importa. Repito que ha llegado usted en el momento preciso. Sepa que el amor es tan inseguro como la travesía del Océano en aeroplano.

OLY.—¿En aeroplano? ¿Qué dice?

JULIO.—Sí. Nunca se aterriza donde uno se lo ha propuesto. Usted y yo habíamos salido en otras direcciones. No hemos conseguido llegar y viene el aterrizaje forzoso. ¡Es usted un ángel! (*Va a abrazarla.*)

OLY.—Me sorprende usted, Julio. (*Rechazándole.*)

JULIO.—No ponga usted dificultades. La adoro. ¿Qué más quiere usted?

OLY.—No puedo decidir tan rápidamente. ¡El padre y el hijo haciéndome la corte!... Es un problema terrible. (*Se va notando la luz del día. Aparece SUSANA. Lleva una maleta pobre y vieja y el mismo traje que en el primer acto.*)

SUSANA.—Señorita...

OLY.—¡Ah!... ¿Qué hay, querida?... ¿Se va usted?

SUSANA.—Ya lo ve... Alégrese usted, señorita: el director me ha despedido.

JULIO.—¿Que la ha despedido?

OLY.—(Como mordida por una serpiente.) ¡Esto es inaudito! ¿Que la ha despedido? (Furiosa.) ¡Vamos, ya lo ha conseguido usted, mosquita muerta! ¡Si no reviento de rabia será milagro!

JULIO.—Señorita... ¿Qué la sucede?

OLY.—Desde el primer momento me figuré que le conquistaría usted a fuerza de intrigas y de enredos... La felicito, señorita... Ha procedido usted de una manera genial. Todas podemos aprender de usted.

SUSANA.—¿Está usted loca? ¿No la he dicho que el barón me ha despedido? Para mí todo se acabó.

OLY.—(Rabiosa.) ¿Sabe usted lo que significa que el barón la haya despedido? Eso no es el final, sino el comienzo.

SUSANA.—¿El comienzo de qué?

OLY.—Vámonos, Julio. Tiene usted razón. Ni usted ni yo podemos esperar nada de su papá. ¿Quiere usted acompañarme?

JULIO.—Encantadísimo.

OLY.—(A Susana.) Y gracias por la lección. Ya veo que también se puede triunfar con la máquina de escribir. Vámonos, Julio. (Desaparece.)

JULIO.—(Desde la puerta.) Susy... (La mira un momento con tristeza; se decide y sigue a Oly. Susana los ve marchar sorprendida. Con una ojeada se despidió de todo lo que la ha acompañado. Va a la máquina de escribir, la acaricia, reposa la cabeza sobre ella y llora silenciosamente. Por la izquierda entra el BARÓN. La contempla.)

BARÓN.—¿Qué hace usted, señorita?

SUSANA.—(Se levanta asustada y muestra una hoja de papel.) Perdone. Tengo que entregarle el inventario.

BARÓN.—¡Ah, el inventario!

SUSANA.—Aquí le tiene. No falta nada. Todo está puesto. He consumido dieciocho lápices y medio, nueve gomas, trescientas hojas de papel carbón, una docena de cintas...

BARÓN.—No siga. Estoy de acuerdo con el inventario. Está muy bien.

SUSANA.—En mi habitación encontrará todo lo que he comprado en París con las dietas que me señalaron... Desde los zapatos hasta el traje de noche.

BARÓN.—¿También eso lo devuelve usted?

SUSANA.—Sí, eran gastos de representación de la secretaria. Como la secretaria ha cesado, yo me voy con el traje en que llegué.

BARÓN.—(La contempla y dice con ligero temblor de voz.) Sí, llegó usted con ese traje, suavemente, silenciosamente...

SUSANA.—También ahora me marchó en silencio. (*Está arreglando la maleta.*) Creo que no me dejó nada. ¡Ah, mis maniguitos! Por poco se me olvidan. (*Va a la mesa, los recoge y los mete en la maleta.*)

BARÓN.—¿En qué tren se va usted?

SUSANA.—En el de las siete de la mañana. ¡Qué agitada es hoy viviendo! Anoche cené en París y mañana almorzaré en mi arrabal de Budapest. (*Coge la maleta.*) Adiós, señor director. (*Se dirige a la puerta.*) No quiero quedarme aquí más tiempo... (*Con amargura.*) No quiero preguntarle por qué ha hecho esto conmigo.

BARÓN.—Sí. Lo mejor es que no me pregunte nada... Feliz viaje.

SUSANA.—Entonces, ¿puedo marcharme ya?

BARÓN.—(*Enérgico.*) ¡Puede usted marcharse! (*Con el mismo juego del acto primero.*) Y ahora, Susy, hágame el favor de sentarse... ¿Quiere un cigarrillo? ¿Una copita? ¿Un dulce?

SUSANA.—Que si quiero ¿qué?...

BARÓN.—Como se ha marchado usted ya del Banco, puedo hablarla como se habla a las muchachas bonitas; más que bonitas, encantadoras; más que encantadoras... ¿Me permite usted que como particular, no como director, la pida un favorcillo insignificante?

SUSANA.—(*Con desconfianza.*) Lo que usted mande...

BARÓN.—Tengo que dictar una carta urgente, importantísima. Si quisiera usted...

SUSANA.—Con mucho gusto. (*Coge el bloque de cuartillas y el lápiz, y se sienta en el sitio acostumbrado.*)

BARÓN.—¿Podemos empezar?

SUSANA.—Sí, señor... "Señor don..."

BARÓN.—No. Nada de "Señor don".

SUSANA.—Perdone. (*Borra lo escrito.*) "Excelentísimo señor don..."

BARÓN.—Tampoco. El nombre y la dirección los pondremos después de la carta. Es una carta particular. ¿Empezamos?

SUSANA.—Cuando guste.

BARÓN.—(*Se pasea sin hablar, y comienza, con voz lenta y conmovida.*) "Nena adorada..."

SUSANA.—(*Estremeciéndose.*) ¿Nena adorada?

BARÓN.—Sí. "Te figuras que soy cruel contigo..., que quiero hacerte daño..., que quiero vengarme, porque..."

SUSANA.—(*Febil.*) Porque...

BARÓN.—"... porque eres buena y hermosa..., porque te has apoderado de mi vida solitaria y egoísta..."

SUSANA.—(*Que escribe temblando.*) Dicta usted muy de prisa.

BARÓN.—Es una carta muy delicada... (*Empieza a hablar*)

más alto y más de prisa.) "No me guardes rencor por haber sido hasta ahora cobarde..."

SUSANA.—(Como insultándole, con gracia.) ¡Cobarde!

BARÓN.—(Más alto.) "Me he defendido contra ti en vez de decirte, honrado, sincero..."

SUSANA.—¡Sincero!

BARÓN.—"... ¡aquí me tienes!"

SUSANA.—¡Aquí me tienes!

BARÓN.—(Gritando.) ¡Punto!

SUSANA.—Punto.

BARÓN.—Ahora, el nombre y la dirección.

SUSANA.—(Emocionada.) Señor director, le suplico... que me los dicte poco a poco, sílaba por sílaba.

BARÓN.—Sí... Escriba, señorita. (Inclinándose sobre ella.) A la señorita... Su-sa-na... Na-gy...

SUSANA.—(Casi desmayada, apoya los codos en la máquina de escribir y oculta el rostro entre las manos.) ¡Dios mío!...

BARÓN.—(A su oído.) Un beso... en la nuca. El primero.

SUSANA.—(Volviéndose rápidamente.) ¡No, por Dios, usted no!

BARÓN.—Uno sólo... No temas, Susana... Atrévete.

SUSANA.—(Radiante.) ¡Ah!... ¿Qué ha dicho usted?

BARÓN.—He dicho: "¡Atrévete, Susana!"

SUSANA.—(Abrazándole.) ¡Ese es el lema de mi vida! ¿Desde cuándo me quieres?

BARÓN.—Te quiero desde siempre. (Susana se pone a escribir, en pie, en su bloque.) Te quiero como un loco, como un tonto, como un idiota...

SUSANA.—Más de prisa, más de prisa... Llego a trescientas palabras por minuto.

BARÓN.—¡Pero hasta en estos momentos te pones a escribir!...

SUSANA.—Es para que quede aquí, eternamente.

BARÓN.—Pues termina... Ordenes de la Dirección: Billetes de ferrocarril París-Budapest, boda, viaje de novios...

SUSANA.—(Cae desfallecida. El barón la sostiene.) ¡Esto no es posible que sea cierto!... ¡No puedo más!...

BARÓN.—(Abrazándola con ternura.) ¡Susy, mi dulce Susy!... ¡Tan débil, y tan fuerte!...

TELON



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G. Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaache.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CACIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavin.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaache.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y E. Laque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavin.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. BERNANI, de los Hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEASÍ, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavin.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFA, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DE REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavin.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.

75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARANA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavin.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Vlu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavin y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré, traducción de Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G. Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Mirán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.
102. EL ABOLONGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109. LA LOBA, de Ceferino R. Avezilla y Manuel Merino.
110. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9.-- MADRID

Donde puede usted suscribir-

se, adquirir el número de la

semana y los números

atrasados que falten

para completar

su colección





GUTIÉRREZ

SEMENARIO ESPAÑOL
:: DE HUMORISMO ::

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—
Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Ro-
berto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.
Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concur-
sos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—
¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

m a c a c o

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 céntimos

AMO A UNA ACTRIZ

Es otra deliciosa comedia
de
LADISLAO FODOR

Publicada en

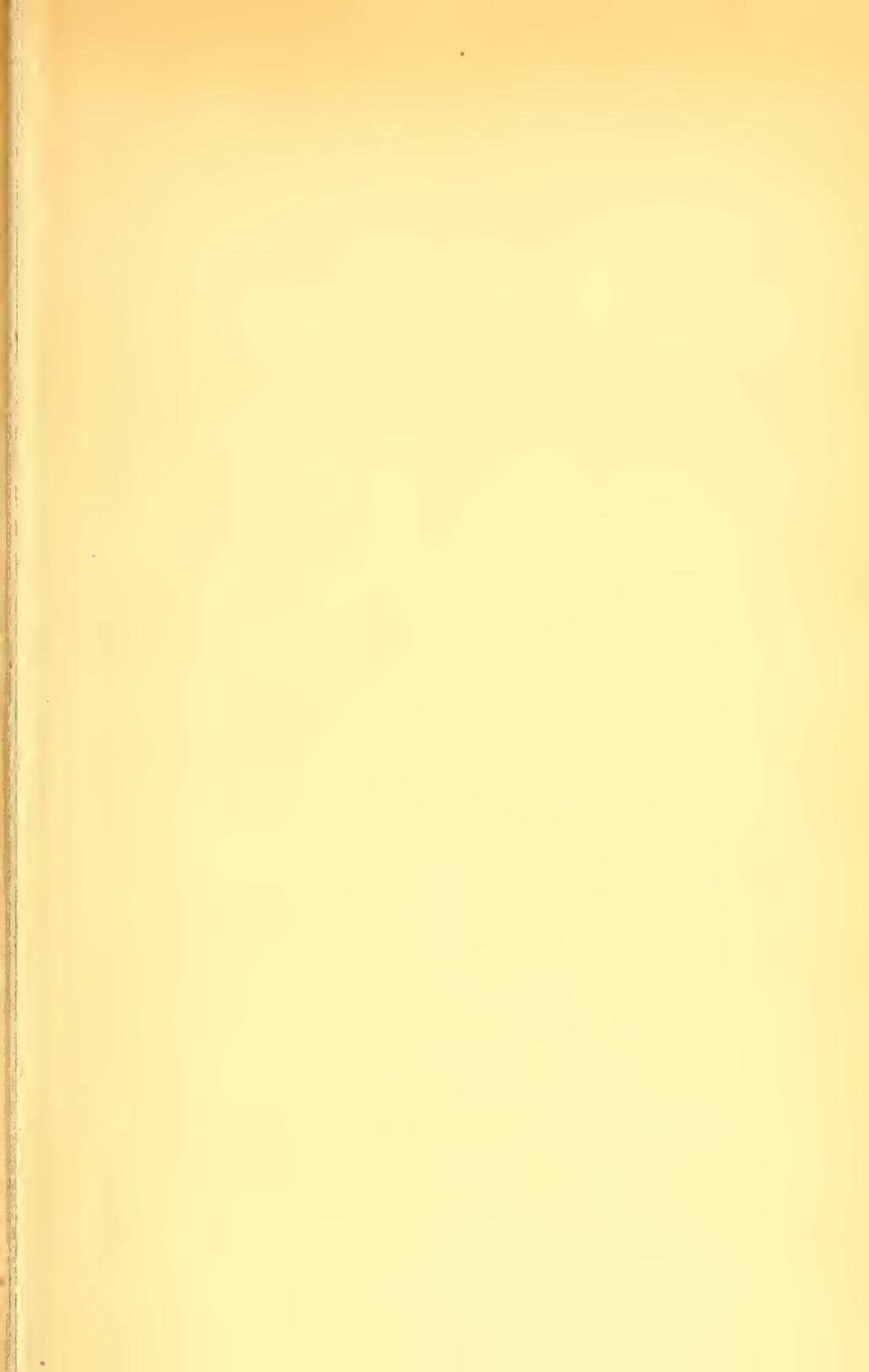
LA FARSA

Número 103.

Cubierta de este número:

LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS

de Calderón de la Barca.



**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.191
n.1-20

